

CAPITAN **Pantera**



LA HIJA DE YUAN KANG

3
PTAS

P. V. DEBRIGODE

Capitán pantera



PUBLICACIONES LUX

MADRID - BARCELONA - BUENOS AIRES

ES PROPIEDAD

SIMPAR, S.A. – Provenza, 330 – Barcelona



Por P. V. DEBRIGODE

CAPÍTULO PRIMERO

ROSS MALONEY, CAPITAN MERCANTE

Shangai... El puerto activo donde las amarillas aguas del Yang-Tsé llevan y traen verdaderas selvas flotantes de navíos de todas las características.

Los «steamers» de color ocre de la «China Navigation Co», los rojos y negros de la naviera «Jardine & Matherson», los cobaltos azules de la «Nipon Kisshen Kaisha», los metálicos grises de los buques de guerra...

Y por entre los colosos, pululan enjambres de juncos y sampanes, con sus grandes velas cuadriculadas y en alguno de ellos se ve el medieval recuerdo de las galeras, al sobresalir de sus ventrudos flancos los grandes remos...

El Yang-Tsé se extiende, magnifico, destellando como una mayólica imperial de los Mings, y las olas anchas, espesas, semejan tejas amarillas y onduladas de pagoda.

Los «cargos» en sus maniobras de estiba y descarga son tomados al asalto por los «coolies», de facies duras y sudorosas, que saltan como gatos, dando también una visión medieval de pillaje y saqueo. Son los trabajadores del puerto, y cargan sobre sus flacas espaldas nudosas, sacos de doble tamaño que sus anatomías.

Flota en el ambiente el olor de China, acre, áspero, de pesado efluvio. Y en los muelles una actividad sin fin se desarrolla.

Entre la pléyade de diminutos y activos orientales, destacábase un marino, no sólo por su alta estatura y sus cabellos rubio-rojizos, sino también por su indolente y desgarrado modo de andar.

Sus amplias espaldas ceñidas en la blanca guerrera de corte recto, balanceábanse al ir avanzando el marino con su peculiar zancada larga y lenta por entre la pululante masa.

La gorra galoneada y de plato blanco flexible ladeábase a un lado del bronceado rostro de rasgos enjutos y juveniles, y la también blanca guerrera, semiabrochada, dejaba entrever la camisa despechugada y sin corbata.

Unos pantalones azules y unas zapatillas de «tennis» con suela de «crepé» completaban el atuendo desaliñado, aunque pulcro.

Y aparentemente larguirucho y flaco, el marino revelaba, tras una segunda observación por un atento espectador, una potente y elástica musculatura que hinchaba las mangas de la guerrera de dorados botones con la insignia de capitán mercante norteamericano.

Un chino de redonda faz grasienta colocóse tras el marino.

—¿Desea portador? Muy bueno... —propuso.

Siguió su camino el marino, conocedor de estos traficantes que proponen toda clase de cosas, repitiéndolas incansables en espera de que las ideas que sugieren tengan éxito.

—¿Desea seda «punjee»? Muy buena...

Pasó un «rickshaw» soportando el peso de un obeso mandarín que delicadamente aplastaba sobre su boca un gran lienzo de seda.

—¿Desea té? Muy bueno...

Siguió andando indiferente el marino por entre una nube de atroces mendigos cubiertos de llagas purulentas...

—¿Desea cambiar moneda?...

Iba ya terminándose el malecón del muelle y eran ahora las sábanas las que, extendidas en el suelo, presentaban quincallería, flores artificiales, pipas de jade...

—¿Desea fumar? Muy bucea «nirvana»... —seguía susurrando el infatigable «cazaturistas».

En las afueras del muelle, los mercaderes de cabellos, para atraer a los compradores, tendían a través del paseo grandes franjas de largos cabellos que rozaban los rostros impasibles...

—¿Desea paraísos de sueño y placer?...

Volvióse el marino, asiendo por la flotante manga al incansable perseguidor.

—Deseo un mirlo blanco con pintas verdes —dijo riendo.

—¡Yo se lo traigo inmediatamente! —dijo triunfal el chino.

Pero después reflexionó un instante, para terminar preguntando:

—¿Un mirlo blanco con pintas verdes? ¿Qué es eso?

El marino, sin brusquedad, casi con afecto, dió un empujón al chino, que fué a rodar varios metros hacia atrás.

—Largo de ahí, macaco —dijo el marino—. Y no me sigas más, porque habrá papilla de arroz si persistes. No me gusta que nadie me pise los tacones.

Pese al amistoso empujón, el pegajoso sujeto no reinsistió. Acababa de

reconocer, por la forma de hablar, al marino... Y no quería exponerse a un «ataque combativo» del Capitán Pantera, el «luchador norteamericano que venció al Poderoso Kwei y al Muy Poderoso Yuan Kang».

Alejóse precipitadamente, no tan sólo para poner gran distancia entre el indolente norteamericano y él, sino también porque alrededor del marino flotaba la invisible y tenaz amenaza de la hija de Yuan Kang.

En el cruce de la Boundary Avenue con el Residential, detúvose el marino sonriendo.

Releyó de nuevo el letrero deletreándolo con esfuerzo porque ni la lectura ni el arte de escribir con soltura eran tareas a las que Ross Maloney tuviera apego.

—«American Hairdresser» —murmuró jovialmente—. Paisanos míos. Voy a hacerme dar un corte de panocha, un afeitado, un masaje y todo lo que despachen...

Cesó de sonreír, y la felina actitud de preparación por la que trocó su aparente indolencia, denotó que Ross Maloney, en Shangai, no se sentía dispuesto a que lo abordaran por sorpresa ni descuidado.

Correctamente, un oficial británico saludó llevándose la diestra al borde del «salakoff», y cuatro soldados, cuyas bayonetas al destellar y cuyas botas al repiquetear habían alarmado a Maloney, se detuvieron tras el oficial, fijos los ojos en el marino.

—Buenas tardes, señor. ¿Su documentación, me hace el favor? —solicitó el oficial.

—¿Para qué?

—No acostumbro a dar explicaciones, señor —replicó secamente el oficial—. No obstante, como le supongo súbdito norteamericano...

—¿En qué me lo ha conocido? ¿En el perfil?

—En su modo algo deportivo de vestir, en su acento y en su respuesta a mi ruego. Si le he pedido su documentación, es porque aunque en Norteamérica la juventud triunfa pronto, un capitán mercante de sus años es poco corriente.

Hurgóse Maloney en el bolsillo superior de su guerrera y tendió un carnet de identidad.

Antaño en aquel legítimo carnet hubo otro nombre. Pero, con todos sus sellos intactos, quedó aquel nombre tan hábilmente borrado y sustituido por el de «Ross Maloney», que el oficial, tras un prolongado escrutinio, devolvió el carnet.

—Ross Maloney, capitán mercante, ¿no, señor?

—Sí. Ese soy yo. ¿Y usted?

—Percival Brodwin. Excúseme, capitán, pero tengo que cumplir con mis obligaciones. Estoy de vigilancia, y es mi deber procurar que los europeos y americanos no aumenten la ya de por sí considerable delincuencia existente en Shangai.

—Tienen ustedes los ingleses una manera tan fina de hacer las cosas, que

hasta resultan simpáticos —dijo sonriente Maloney—. ¿Algo más?

—¿Puedo rogarle que se suelte los tres botones que tiene abrochados de su guerrera?

—Tenía la impresión que nuestros hermanos ingleses se sentían ofendidos si al acostarse no se abrochaban hasta el último botón del pijama. Pero, por lo visto, no es así, dada su petición.

Desabrochóse Maloney y apoyó significativamente los dos puños en su cinturón a la altura de las caderas.

—No llevo armas, Percival Brodwin. Soy un elemento pacífico.

—Será probablemente, tal como dice, un elemento pacífico, capitán. Pero debo ponerle en antecedentes de tres hechos. Manda usted un velero llamado «Furia» que perteneció a la flota pirata de Yuan Kang.

—Se lo adquirí bien pagado con creces, y ahora agradézcanme las autoridades de Shangai que mi «Furia» se haya convertido en un honesto mercante sin piraterías.

—De acuerdo en este punto. Segunda hecho: ¿por qué le llaman a usted Capitán Pantera?

—«Chinerías» —rezongó Maloney—. Aficionados que son esos macacos a ponerle mote hasta al piojillo de la vid. Es por aquello de que tengo la panocha rubio-rojiza —y se designó Maloney sus pelirrojos cabellos.

—También quizá porque corren rumores de que al luchar es usted un torbellino huracanado, y en casos de apuro emplea usted explosivos y un fusil ametrallador con excesiva soltura.

—¡Hay que ver! ¡Con lo grande que es esta tierra y parece llena de comadres como un pueblo de veinte aldeanos!

—No es preciso que me replique, señor. Estoy simplemente exponiendo hipotéticas sugerencias. Y termino con la exposición del tercer hecho, subdividido en dos: ¿No debía usted zarpar anoche rumbo a Hanchow? ¿Sabe usted que Yuan Kang ha sido encontrado muerto en el ático del hotel Ambassadors junto al cadáver de una señorita rusa llamada Sandra Vronin?

—No he zarpado aún porque un incidente relacionado con el pago de la mercancía que traje de Minghong y Suchow me ha retrasado hasta mañana por la mañana, en que me liquidarán lo que me deben. En cuanto a Yuan Kang, si murió yo no pienso llorarle. ¿Algo más?

—Desearle feliz viaje, capitán Maloney. Y también notificarle que los chinos son muy susceptibles y vengativos... particularmente ellas.

—De ellas, chinas o negras, blancas o acarameladas, nada quiero saber. Les tengo más miedo a las mujeres que a un rebaño desmandado de búfalos locos.

—Yuan Kang tiene una hija. Chiao Yun, que es como se llama, tiene el mismo poder o más que Yuan Kang en vida tenía.

—¿Y a mí qué? Yo tuve asuntos comerciales con Yuan Kang, pero a la hija ni la conozco ni quiero.

—Cuando lleve más tiempo residiendo por estas tierras... si es que no

sufre algún accidente que deploraría sinceramente, oíría un sabio proverbio que quizá le explique la actitud pasiva con respecto a usted de las autoridades legales.

—Siempre me agrada instruirme. ¿Qué proverbio es?

—«Dejad que los lobos se muerdan entre sí, que menos lobos quedarán». Buenas tardes, capitán Maloney.

Y el oficial británico saludó correctamente. Tras una breve orden sus cuatro soldados se alejaron con él al frente, andando con marcial soltura, fusiles terciados ante el pecho.

—*Abur* —dijo Maloney.

Quedóse un instante pensativo.

—¡Cáscaras! —susurró—. Ese muchacho tan bien educado me ha llamado sospechoso y lobo. En fin —y se encogió de hombros con su peculiar gesto de despreocupación que era una definición de su carácter—, a mí la conciencia nada me reprocha.

Miró de nuevo el letrero, que, debido ya al crepúsculo, había se iluminado:

«American Hairdresser»

Entró en una sala de cristales en vez de paredes, donde todos los muebles y los instrumentos tenían frías aristas limpias que recordaban un quirófano.

Tras colgar su gorra en un perchero instalóse en un sillón que un obsequioso sujeto de bronceado rostro y grasientos cabellos negros le señalaba.

—Hola —dijo Maloney—. ¿De qué parte de mi tierra es usted, amigo?

—Me llamo Afranio Juiz da Fora —sonrió el peluquero exhibiendo todos sus dientes amarillentos en amplia sonrisa—. Brasileño.

—Ya —dijo defraudado Maloney—. No cabe duda que Brasil es muy americano. Bueno. Despácheme todo lo preciso.

Las tijeras entraron en función después del empolvado de nuca.

—¿Coloco «os encrespadores», señor? —preguntó el peluquero.

Recelosamente le miró Maloney.

—¿Qué es este mejunje?

—Rizadores para el cabello, señor. Muy apreciados por los caballeros que tienen, como «sua excellenza», hebras suaves y lisas.

—Déjelas como están mis hebras. Si me rizo yo el pelo, iba a parecer un cordero en domingo cuando va a buscar a su novia.

—¿Tiene «sua excellenza» preferencia por algún especial «sabao»?

—Usted quiere comprometerme, amigo. ¿Qué es ahora eso de «sabao»?

—Jabón de barba, «excellenza».

—Mientras de espuma y no huela a perros, vale.

Terminado el afeitado, un paño caliente cubrió el rostro de Maloney. Y el brasileño aplicó el contacto para el masaje eléctrico.

Al cabo de un minuto quitóse Maloney el paño del rostro, apartando el aparato que sostenía el brasileño.

—¡Ey, amigo! —vociferó—. Quítele voltios a su negocio, ¿o es que eso es la silla eléctrica?

—La corriente acostumbrada —sonrió el brasileño—. ¿«Sua excellenza» no estará descontento?

Era tan patente su preocupación, que Ross Maloney sintióse espléndido. Volvióse a cubrir el rostro.

—Vaya, amigo. Siga asándome el rostro.

Mientras el brasileño continuaba con el masaje eléctrico, entró una mujer. Vestía un sastre gris, medias de seda, zapatos de alto tacón y una blusa roja.

Ofrecía su semblante un atractivo pero extraño conjunto. Era una china de ojos alargados y verdes curiosamente tachonados de toques violetas.

En contraste con la habitual característica china, sus labios no eran pequeños ni delgados. Eran gruesos y bien dibujados, fuertemente pintados en escarlata vivo.

Y sus cabellos eran rojos...

Alta, esbelta y mórbida, pareció ejercer una profunda impresión en Afranio Juiz da Fora... quien maquinalmente, siguió con el masaje, pero la contempló como fascinado.

Ella llevóse un dedo a los labios y colocó en el bolsillo superior de la blanca blusa que llevaba el brasileño un rollo de billetes de Banco.

Siempre en silencio señalóse ella misma, tocándose con un afilado índice el pecho, y suavemente murmuró:

—¿Manicura, señor?

La voz femenina, coincidiendo con el presto y experto ademán con el que el brasileño retiró el paño, pareció despertar a Maloney del agradable letargo en que se hallaba sumido.

Ladeó la cabeza, examinando a la que supuso la manicura.

—No, gracias... —y al hablar la miró con más detención—. Bueno vamos a ella. También tiene usted derecho a ganarse la vida.

—Gracias, señor —dijo ella, siempre en perfecto inglés.

Trajo la bandeja con los utensilios, y cogió una de las manos de Maloney.

—Interesantes manos, señor —dijo ella—. Fuertes, musculadas, ágiles. ¿Me permite adivinarle el carácter?

Conservaba ella el rostro inclinado, mientras hábilmente quitaba con las tijeras-alicates el sobrante de las uñas.

—Es un juego como otro cualquiera. También interesante —rió Maloney.

Los dedos del brasileño temblaban ligeramente mientras procedían a friccionar con alcohol aromatizado los cabellos de su cliente.

—Le supongo de temperamento agresivo, exterminador. Para usted la vida de los demás no importa. Manos de triunfador... Pero hay una línea aquí en el dorso que anuncia próximos peligros... Temo decirle lo que leo en este surco.

—Bah, señorita. No lo tema a decírmelo. Procuraré no asustarme —bromeó Maloney—, ya que este surco es un arañazo que me produce con un cierre de ametralladora que funcionaba mal.

—Presiento para usted, señor, y perdone los presagios, grandes torturas que ningún temperamento blanco puede imaginar —dijo suavemente la improvisada manicura.

—Ya sé que en Asia, en vez de matar limpiamente al que les molesta, prefieren entretenerse en hacerle cosquillas raras. Pero yo no he torturado a nadie. Por tanto, no me torturarán. Y, por cierto, no estoy de acuerdo con este letrero.

Señaló Maloney con la mano que le quedaba libre unas palabras esculpidas en una franja de caoba que coronaba uno de los espejos:

«Si está contento de mi servicio, comuníquelo a sus amigos. Si está descontento, a mí.»

El temblor de las manos del brasileño se acentuó.

—¿«Sua excellenza» tiene alguna queja? —balbuceó.

—No ya con usted, amigo. Es que la segunda frase se aplica a usted, pero no relacionado con su servicio manual. Me ha dejado muy lindo después de haber escarbado en mi panocha y rascado mi rostro. Pero no hay derecho a que no le diga a esta señorita que su sitio no está aquí.

El brasileño parpadeó. ¿Habría adivinado ya el americano que la mujer que fingía ser una manicura... era Chiao Yun, la hija de Yuan Kang?

—No... no le entiendo, «excellenza».

—Esta señorita debe estar en Los Ángeles. Allá donde hay un sitio que llaman Hollywood. Tiene unos ojos verdes raros, y esa pelirroja cabellera forma un contraste muy llamativo. Recuérdelo, señorita. Habla usted muy bien el inglés, y en Hollywood quién sabe si llegaría a la cumbre. Pagan muy bien. Mejor siempre que aquí.

—Soy china, señor. De Hanchow.

—¿Y eso qué tiene que ver? ¿No soy yo de Kansas y estoy aquí? El mundo es para todos, y cada uno de nosotros debe servir en aquello que pueda servir. Este caballero llamarlo algo así como «Azafranio Juicio de Fuera», sirve para peluquero. Está de peluquero. Yo sirvo para marino. Estoy de marino.

Ella pasó el «polissoir» por las uñas de Maloney.

—¿No sirvo yo para manicura, señor?

—Sí. Magníficamente. Pero hay que salir a la caza de todas las probabilidades honestas. Y en Hollywood triunfará a lo mejor.

—No descuido el salir a la caza de todas las probabilidades, señor —sonrió ella, pero había en sus labios y en sus pupilas una cruel decisión oculta—. Procuro ya vestirme a la moda americana.

Cuando se puse en pie Maloney, tras pagar al brasileño preguntó:

—¿Cuánto le debo, señorita?

—Quedó incluido en lo que cobró el señor —dijo ella.

Tendió Maloney un billete de cinco dólares.

—Para usted, señorita. Cómprese la revista «Film Fun» y vaya comparando las chicas que allí vea con usted. Les gana de mucho usted. Adiós. Cuando regrese de Hanchow ya volveré por aquí.

A solas con la hija de Yuan Kang, el brasileño quedóse en silencio. ¿Por qué la orgullosa y altiva hija de Yuan Kang había descendido a fingir ser una manicura...?

Chiao Yun entregó el billete de cinco dólares al brasileño.

—Para ti —murmuró—. Y guarda silencio.

Salió ella a la calle. Otro de los detalles que acentuó la intriga del brasileño era la razón por la que misteriosamente Chiao Yun cubría sus negros cabellos de laca con una peluca roja muy bien confeccionada...

¿Enamorada del vulgar marino? Afranio Juiz da Fora apartó tal idea desechándola como ridícula.

Chiao Yun, la hija de Yuan Kang, tenía fama de ser la oriental más cruel e insensible del Asia entera...

Ross Maloney sentíase como un colegial en vacaciones. Le atrajo el «Sailor's Amusements» porque, además de ser un lugar donde se podía comer toda clase de platos de todas las cocinas del universo, había multitud de máquinas «tragaperras» que recordaban al nostálgico «yankee» las diversiones dominicales con las que tanto disfrutaba allá en su Kansas después del intenso trabajo semanal en la granja paterna, que había abandonado a temprana edad impulsado por un afán de aventuras.

Después de entretenerse con varios aparatos, detuvo ante un escaparate que decía:

*«Gaste diez centavos
y será usted millonario.»*

«¡Cáscaras! —susurró pensando en voz alta—. Está barato eso de hacerse millonario.»

*«Compre el «Little Poopy»
y busque tesoros ocultos bajo el vasto suelo asiático.»*

—Quién lo duda que es vasto —rió Maloney—. Esos paisanos míos se las piensan todas para limpiarle a uno el bolsillo.

Y afectuosamente acarició la placa que en el escaparate rezaba:

*«American Trust Company
Chicago
U. S. A.»*

Acercóse al mostrador del bar. Un largo mostrador donde se apoyaban en su barra heterogéneos sujetos de todas las nacionalidades.

Junto al rubio e ingenuo escandinavo de torpe habla y pesados ademanes, gesticulantes italianos, obesos holandeses, ceñudos españoles, sonrientes franceses, correctos británicos...

Todos coincidían en una cosa: gastarse lo más apresuradamente posible sus pagas de marino en escala.

Pidió Ross Maloney un jugo de naranjas, y denegó la oferta que a su lado le hizo un individuo tendiéndole una pitillera abierta.

—No fumo. Gracias de todos modos —dijo Maloney—. ¿Mercante francés?

—Del «Passier». Me llamo Georges Labru, bretón.

—Pues chapurrea usted el inglés mejor que yo. Ross Maloney me llamo.

—No me gusta meterme donde no me solicitan, pero quisiera advertirle que hay aquí varios sujetos con muchos kilos de músculos que, según he podido oír, aguardan la llegada de un marino yanqui alto y pelirrojo, que bebe jugos de naranja y no fuma. No creo que lo aguarden para estrecharle amorosamente en bienvenida amistosa. Llevan cachiporras de goma...

Ross Maloney limitóse a dar las espaldas al mostrador, apoyándose indolentemente en el reborde. Examinó al que le hablaba, con voz seca, desprovista de matices cambiantes.

Vió un rostro de rasgos perfectamente regulares, de negros cabellos, y ojos pardos oscuros. Un rostro de expresión severa, impasible, demasiado severa para los veintiséis o veintisiete años que a lo sumo podía tener.

Y acababa de endurecer sus rasgos un corte recientemente cicatrizado en el nacimiento del cabello, en el centro de su frente ancha y despejada.

—Un poco más y le abren a usted una brecha sin cierre —dijo Maloney, indicando con el mentón la frente del francés.

Pero sus ojos vigilaban a los concurrentes...

Con el mismo tono monótono y seco, Georges Labru replicó:

—Recibí esta herida hace un par de semanas en Cantón. Atacaron el «Passier» unos piratas chinos. Tuve mucho trabajo. Soy el médico de a bordo. Y actualmente el «Passier» está fondeado al menos para un mes. Lo dejaron casi en el casco...

Pocos conocían a fondo a Georges Labru. La aparente coraza de sus modales secos y flemáticos disimulaba un buen corazón, altruista, que tenía gran pudor de manifestarse.

Generalmente, por su frialdad externa, hacíaase antipático. Pero Ross Maloney apreciaba la sencillez...

—Gracias por el aviso, doctor. Está usted a punto, como en Cantón, de

tener también mucho trabajo. Veo allí unos buenos mozos que se acercan despidiendo. Apártese... que luego vendrá a practicar su oficio.

—Creo que son cuatro o cinco.

—Conmigo seis. Fíjese si tendrá usted ocasión de coser y reparar carnes con media docena de buenos muchachos que han sostenido una animada y calurosa conversación.

Los que se acercaban eran dos... «Fornidos cargadores europeos de muelle», pensó Maloney, doblando los brazos y apoyando los codos en la barra.

Uno de sus pies quedó también apoyado por el tacón en el pasador inferior, mientras el otro apoyábase con negligencia en el suelo.

El médico Georges Labru apartóse unos pasos, siempre imperturbable el rostro donde la boca firmemente prieta conferíale un aspecto de amargado.

Los dos cargadores afectaban hablarse mutuamente cuando se detuvieron a tres pasos de Maloney frente a él. Vestían un grueso jersey gris, gorras de visera caladas hasta las cejas y pantalones azules.

Otros tres individuos idénticamente vestidos, salvo que dos llevaban jersey de color pardo, y el tercero un llamativo «sweater» anaranjado, fingieron dirigirse hacia la salida, hablando entre ellos...

Hizo unos rápidos cálculos mentales Ross Maloney. Para los dos primeros entreveía que una «presa japonesa» doblada con un remate en «coz india» les pondría fuera de combate...

Pero los otros tres, mientras, no iban a quedarse inmóviles y...

—¡¡A por él!!

Apenas estalló el grito dado por el del «sweater» de color naranja, Ross Maloney avanzó dos pasos hacia el que tendía hacia él las dos manos, en una de las cuales llevaba una larga cachiporra de goma...

Le asió Maloney por las dos muñecas y atrajo hacia sí el sorprendido primer agresor.

Cayendo sobre sus propias espaldas, aplicóle Maloney los dos pies en el estómago levantándolo en vilo mientras, sin soltarle de las muñecas, servíase de las piernas como catapulta...

El cargador objeto de la «presa japonesa» proyectóse como un bólido en trayectoria horizontal, pasando por encima del mostrador y estrellándose de cabeza contra un espejo, rompiendo botellas y vasos con estrepitoso ruido...

El segundo, que acudía velozmente, vióse sorprendido también por un inesperado puntapié doble que le alcanzó en el estómago y en la cara. Era la «coz india», con la que, a la vez que Maloney volvía a descender las piernas, siempre echado en el suelo sobre las espaldas, se ponía en pie ahora, mientras el segundo adversario desplomábase inerte.

Y fué para el médico Labru un curioso espectáculo ver cómo sufría el apacible norteamericano, bebedor de jugos de naranja y no fumador, un cambio extraordinariamente dinámico, perdida toda indolencia.

Los otros tres que acudían en refuerzo de sus dos compañeros fuera de

combate, agitaban sus cachiporras con vehemencia... pero algo atemorizados ante la facilidad con la que acrobáticamente el «Capitán Pantera, al que hay que apresar en vida», se había deshecho de los dos más forzudos del grupo.

Ross Maloney «veía rojo», como decía él mismo cuando el ardor de la pelea ascendía por sus venas...

Sus largos brazos crearon un fuego de artificio engañador, destinado a aturdir a los que intentaban rodearlo. Pegaban puñetazos rápidos en directos sin otra finalidad que impedir que los tres cargadores con sus cachiporras pudieran acercarse.

Y de pronto, cuando uno de los cargadores, inclinado el busto, proyectóse hacia delante intentando con su cabeza producir un doloroso y efectivo fuera de combate tomando por meta el estómago del marino, Ross Maloney alzó los dos puños entrelazando los dedos de las dos manos.

El «golpe de conejo» fué decisivo. Alcanzado en plena nuca, el agresor aplastóse contra el suelo de bruces, tras un gemido de buey derribado por un puntillazo certero.

Pero, ya desencadenado, el furor combativo de Maloney, saltó de costado y sus dos pies juntos fueron a rebotar contra el bajovientre de otro de los que blandían la cachiporra, con la que, por la rápida esquivia del Capitán Pantera, habían hasta entonces inútilmente intentado golpear al que tenían por misión «apresar en vida».

La doble patada en el bajovientre surtió su efecto, mientras Maloney, de resultas del salto, caía sobre una mano...

El del jersey anaranjado consiguió su objetivo, y con un grito de triunfo abatió su cachiporra en la nuca del marino.

Iba Georges Labru a intervenir dando por descontado que el norteamericano había tenido la mala suerte, después de un tan espectacular combate, de quedar sin sentido, cuando se detuvo sorprendido.

Vacilante como un hombre beodo, Ross Maloney proyectó hacia delante el torso y su cabeza alcanzó en pleno mentón al del jersey anaranjado.



Ross Maloney «veía rojo», como decía...

Oyóse un crujido de huesos y el cargador quinto y último cayó hacia atrás, rota la mandíbula...

Ross Maloney se cogió le cabeza entre las dos manos, y quedóse en pie tambaleándose...

Cuantos habían asistido al combate aparatoso y de veloz desenlace, se opusieron a que el patrón del bar saliera al exterior en busca de la policía.

—¡«By Jove»! —exclamó un inglés—. Los puso «k.o.» el muchacho pelirrojo, y asunto terminado. Lucha leal y deportiva.

—Un jabato o así, pues —rezongó un vasco achaparrado.

Ross Maloney fué retrocediendo semiinconsciente hasta adosarse en la barra del mostrador.

Tendióle el médico francés un pedazo de hielo, que colocó en su diestra. Ansiosamente, el sentir el frío contacto, fué Maloney pasándose el rezumante bloque helado por las sienes, la frente enrojecida y la nuca en la, que le parecía, tener clavados multitud de infinitos y pequeños alfileres...

Siempre flemático, fué Georges Labru deambulando por entre los cinco agresores agredidos. El primero, además de romper dos estantes, un espejo y cristalería, tenía la frente abierta.

Lo estaba atendiendo amorosamente el propio patrón, deseoso, cuando recuperase el sentido, de hacerle pagar en moneda contante y sonante los destrozos que había causado al convertirse, contra su voluntad, en un proyectil humano.

Los otros cuatro seguían inconscientes...

Ross Maloney, cuando se fundió el bloque de hielo en su mano, abrió los ojos, estriados por rayitas sanguinolentas...

Miró a su alrededor y, de pronto, recordó todo lo sucedido. Vió a uno de los cargadores que, aunque penosamente, lograba incorporarse.

Lanzóse como un bólido contra él, con un grito de aviso.

El aturdido cargador retrocedió corriendo hacia atrás. Se encontró de pronto acorralado contra la pared del fondo, sostenido por debajo el cuello por un antebrazo que se le antojó una columna de cemento...

Hincó con fuerza el antebrazo Maloney en la garganta del cargador, que, en mueca congestionada, asomó la lengua, próximo a la asfixia.

—¡Muchacho, muchacho! —reprochó Maloney—. ¿Por qué cáscaras os metisteis conmigo?

—Or... den... de Chiao... Yun... —fué diciendo entrecortadamente el cargador.

Liberó un poco la presa Maloney.

—Sigue contando, que me interesas, muchacho.

—Teníamos que... cogerte sin estropearte... y llevarte al *dock* número... siete...

El puño zurdo de Maloney resonó huecamente con mate ruido al hundirse en brutal gancho en el estómago del que acababa de hablar.

Y Ross Maloney, ya desahogado, rió alegremente.

—Me tengo que ir antes que venga la policía, porque luego dirían que soy un mal muchacho que busca pelea. Pero todos vosotros sois testigos de que fui agredido, ¿eh, patrón?

—Seguro que sí, marino —aprobó calurosamente el patrón—. Ya me

pagarán éstos el gasto. No te preocupes.

—«¡Bye, bye!» —saludó Maloney, y salió del bar.

Sacudía la cabeza como un perro que acabase de chapuzarse y se quitase el agua del pellejo. Intentaba desvanecer por completo los latidos de su frente hinchada.

—No era necesario que yo le avisase —dijo una voz a su lado—. He visto a muchos hombres pelear, pero pocos que lo hicieran con la contundencia de usted, Maloney.

—Gracias, doctor, por su aviso. ¿Por qué lo hizo?

Mientras seguían andando, explicóse el médico, siempre con su voz monótona, sin matices:

—Me pareció usted un honrado «yankee» imprudente. Y en Shangai hay mucha maldad.

—No es maldad. Aquí en Shangai no pasa minuto sin que en alguno de sus tabernuchos haya pelea. Lo malo es que me vienen a buscar las cosquillas a mí, que soy un elemento pacífico.

Sonrió el médico levemente, porque veía que el americano hacía aquella incongruente declaración de pacifismo con absoluta sinceridad.

—¿Quién cáscaras será Chiao Yun? —preguntó en alta voz a sí mismo Ross Maloney—. Esta misma tarde creo haber oído...

Y de pronto se aplicó un sonoro palmetazo en la frente, gesto que lo hizo lanzar un gemido de dolor.

—¡Chiao Yun! Fué el nombre que me dijo el oficial británico al hablarme de la hija de Yuan Kang.

CAPÍTULO II

RUMBO A HANCHOW

Georges Labru miró con asombro al marino, mientras seguían andando hacia el puerto.

—¿La hija de Yuan Kang? Yo he oído hablar de Yuan Kang, el que es amo y señor de las flotillas comerciales del Yang-Tsé... aunque también tengo entendido que es el amo y señor de cuantos negocios sucios se hacen por esta zona del Gran Canal.

—Yuan Kang murió. Lo maté sin querer.

Lo dijo Maloney con tal sencillez, que Georges Labru no tuvo tiempo de sobresaltarse ni de replicar.

—Me hizo una cochina trampa. Le zumbé unos golpes y tuvo la desgraciada idea de escoger la repisa de una chimenea como punto de aterrizaje para su cráneo. Y claro, ganó la repisa de chimenea, que era de mármol. Y ahora la hija, con toda razón, me quiere hacer papilla. Pero me

molesta que mande contra mí a blancos como yo. Sin querer mataré a alguno... y yo vine al Asia a comerciar y no a pelear.

Georges Labru empezó a sentir afecto por aquel grandullón juvenil cuya ingenuidad se retrataba fielmente en sus palabras.

—¿Qué piensa usted hacer, Maloney?

—Me dirigía ahora al *dock* número siete, donde parece ser que la hija de Yuan Kang aguarda a que vaya yo en camilla. Pero si voy... habrá más jaleo... y francamente ella tiene razón. Pero yo también. Y por tanto lo mejor es que me aleje de Shangai esta noche, metiéndome en mi barco hasta mañana por la mañana, en que debo zarpar. Eso de que Chiao Yun sea una mujer me atosiga... porque ¿cómo cáscaras voy yo a pelear con una mujer? ¡Diablos de mujeres! ¡Con tantas cocinas como hay y se meten a labores de hombres! Ese tramposo de Yuan Kang podía tener algún hijo, y ya sería un asunto más honrado.

—¿Puedo saber hacia dónde piensa usted dirigirse, Maloney?

—A Hanchow.

—Zona del Gran Canal —y el francés entrecerró los párpados—. Allí por donde atraviesa el Yang-Tsé está ella.

—¿Chiao Yun? ¿La conoce usted?

—No. Perdona. Estaba hablando de mí mismo. Un asunto íntimo...

—Ya —y discretamente el marino guardó silencio.

—Puedo contárselo, si logro con ello quitarle el dolor de cabeza —dijo el médico sonriendo—. También yo sé lo que es un dolor de cabeza, porque el corte de yatagán en mi frente me tuvo varios días maldiciendo de los médicos que no sabían quitarme el dolor de cabeza. Es extraño, Maloney. Yo suelo ser poco propicio a hablar de mi mismo. Me llaman «ostra», «galápago» y demás comparaciones con animales cerrados por conchas, para indicar que soy excesivamente reservado, y sin embargo me hace el efecto que usted y yo nos conocemos hace años. Un científico diría que se ha establecido de usted a mí una corriente telúrica que me atrae a considerarle un buen amigo.

—Usted es un médico, un hombre de carrera... Yo soy un vulgar marino sin cultura.

—Del hombre lo que es de desear es la rectitud, la franqueza y pocos son los instantes desde que le he conocido, pero ningún hombre me ha dado una sensación de total franqueza y nobleza como usted, Maloney. Y que le conste que soy más bien parco en elogios. Antes le hablé del Gran Canal porque... en uno de los pueblos de la ribera del Yang-Tsé, no sé en cuál, está viviendo la mujer que no sé quién es y que desde hace dos años, que son los que llevo navegando por el litoral asiático, me tiene obsesionado.

—Cátese con ella y se le acabará la obsesión —dijo Maloney como quien acaba de resolver un problema sencillísimo.

—Creo que, me he explicado mal. En una incursión que hice al interior vi desde lejos un palanquín. Yo estaba sentado en un banco cercano a la entrada de un templo budista. Del palanquín descendió ella... Tenía una expresión

distante, con este refinamiento milenario de las hijas de mandarines.

—Ah... ¿es una chinita?

—Es la belleza más atractiva que un hombre puede soñar. He visto miles y miles de mujeres chinas, con sus sabios maquillajes, sus semblantes inmóviles pintados de rosa, y sus ojos inquietos, penetrantes... Pero como aquella entrevista fugazmente, nunca he visto otra. Hice cuanto pude por saber quién era. Sólo pude, y me costó innumerables esfuerzos y dinero, averiguar que era hija de un mandarín y la llamaban «Esmeralda Violeta»... Ya sabe usted esta afición del chino por bautizar con floridos y enigmáticos apodos las más de las veces a sus mujeres y a cuanto les rodea. Pero en aquella hija de mandarín el apodo tenía su justificación. Nunca he visto a una mujer que tuviera semejantes ojos. Ojos poco corrientes en una europea, pero único en una mujer china. Alguna que otra vez en Escocia he visto mujeres con la extraña tonalidad de aquellos ojos... Verdes oscuros tachonado de violeta...

—¿Eh? ¿Verdes y violetas? Pero, ¡hombre, si su chinita sé yo dónde está!

Georges Labru, el impasible, el frío y flemático bretón, engarfió sus dos manos alrededor del antebrazo derecho de Ross Maloney.

—¡No se burle! Pero... no, usted no pretende burlarse de mí... —y ansiosamente apremió—: ¡Dígame! ¿Dónde está?

—En el cruce de la Boundary Avenue con el Residencial, hay un peluquero brasileño. Escuche, enamorado romántico, ¿su tormento es alta y esbelta?

—¡Sí! Más alta que el común de las mujeres chinas.

—Pues acuda al brasileño. Allí tiene a su tormento, que le manicurará las uñas... si es que no se ha ido ya a Hollywood como yo le recomendé. Me chocaron precisamente esos ojos verdes y violetas... Hacen un magnífico contraste con su cabello rojo, que parece una llama viva.

Georges Labru soltó el brazo que mantenía febrilmente apresado, y de su semblante desapareció toda excitación. Volvía a ser el impasible bretón.

—«Esmeralda Violeta» no puede ser una manicura. Pero... sobretodo, y aunque le agradezco el corto espacio de tiempo en que ha hecho usted alentar en mí la esperanza, esta manicura no puede ser ella, porque «Esmeralda Violeta» tiene los cabellos negros como la laca.

—Lo siento, doctor. Tendrá usted, pues, que seguir soñando con su tormento. ¿Dónde estaba aquel templo budista en que usted por vez primera la vió?

—Por vez primera y única. Era en Hanchow... pero me dijeron que allí no vivía ella, sino que estaba en peregrinación. Y cuando pretendí seguir su planquín, custodiado por muchos mongoles, no lo pude lograr. Los mongoles se mostraron decididos a quitar del mapa al que osaba mancillar con sus miradas las cerradas cortinas del planquín.

El muelle seguía siendo un hormiguero de actividad. Señaló Maloney su velero-sampan, anclado junto a un desembarcadero.

—Allí está el «Furia». Muy maniobrero, y no lo cambiaría por un velero occidental. Le invito a cenar, doctor. Gracias a usted no me cogieron desprevenido los muchachos que me envió Chiao Yun. Tengo a bordo una secretaria que es un talento. Cocina maravillosamente.

—Acepto sin ambages ni cumplidos, Maloney —y riendo, con lo que su semblante convirtiéndose en el de un inteligente joven sin amargura ni hosquedad, Georges Labru añadió—: ¿No necesita un médico también? Lo sugiero porque, pese a ser usted un elemento pacífico, no creo que le dejen serlo... Si me tiene al alcance de su mano podría yo remediar las descalabraduras que le ocasionaran.

Detúvose Maloney, enfrentándose con el bretón.

—Tengo que hablarle con claridad, doctor. Podríamos llegar a ser amigos, pero yo soy el Capitán Pantera.

—¡«Saperlipopette»! —exclamó el bretón—. He oído hablar del Capitán Pantera. Cuanto ocurre en tan gran región, parece que haya mensajeros invisibles que lo propaguen. Usted, hundió varios barcos piratas de Yuan Kang... y los ingleses le dejan libre porque dicen que antes de que usted se muera, lo cual fatalmente es un proceso humano al cual se anticipará usted, quedarán menos barcos piratas en el Yang-Tsé.

—Algo semejante me dijo no hace mucho un impecable oficial, citando un proverbio : «Si los lobos se muerden entre sí, menos lobos quedan». Pero yo nada tengo de lobo. Ahora, que si me atacan, pues no me queda más remedio que defenderme.

—Y lo hace usted a la perfección. Bien, ¿y para qué me declaró su apodo chino?

—No quiero que, engañado, suba usted a mi velero creyéndolo un yate de placer. Me dedico ahora al tráfico de mercancías... pero la hija de Yuan Kang intentará llevarme a la bancarrota.

La jovial carcajada del americano terminó de atraer al bretón.

—Yo quisiera pedirle algo, Maloney. No sé si me juzgará impertinente...

—Desembuche sin rodeos.

—Desconozco la zona del Gran Canal. Usted dijo que iba a Hanchow.

—Hecho —replicó Maloney tendiendo su diestra—. Mi velero no es una góndola napolitana en busca de amores, pero le he adivinado, doctor. Usted no busca extasiarse ante las bellezas del Yang-Tsé... Usted busca a su «Esmeralda Violeta»...

Georges Labru estrechó fuertemente la diestra ofrecida.

—Gracias, Maloney. Quisiera poder decirle: «Disponga de mí incondicionalmente», pero prefiero decirle todo lo contrario. Que nunca necesite de mí, porque como médico mis servicios no son de desear.

Maloney le dió al médico unos amistosos palmoteos en el hombro.

—Usted y yo vamos a hacer, buenas migas, muchacho. ¡Oh, perdón! Soy muy confianzudo, y me he olvidado que es usted todo un doctor.

—Prefiero que me llame muchacho —dijo el médico frotándose el

hombro dolorido por la amistosa caricia.

Mei-Hsi, al ser presentada, comportóse como la más discreta de las amas de casa europeas. Colocó cigarrillos al alcance del doctor, y en una bandeja trajo, además del jugo de naranjas, un «cóctel» Martini.

Georges Labru examinó la camareta, donde en el tabique ante el que se hallaba sentado Maloney colgaba un fusil-ametrallador junto al que pendía un cinturón-canana con dos pistolas *Colt*.

En otra esquina, una ametralladora empotrada en su horquilla enfocaba la puerta...

—Está usted bien instalado —dijo Labru sonriente.

—Un barco sin cocina no navega, y un velero por el Yang-Tsé pronto se hunde sin esta «batería de cocina» —replicó Maloney, indicando con la nuca el cinturón-canana y el fusil-ametrallador, mientras su mano señalaba la ametralladora—. Pero huela también el grato aroma que despidе la cocina. Mei-Hsi es una perla,

Transcurrió la cena animadamente, y el bretón demostró ser un ameno conversador, relatando todas sus impresiones de viaje.

Ross Maloney le condujo a su propio camarote, mostrándole la litera encima de la suya propia.

—Aquí descansará usted apaciblemente... si no se opone Chiao Yun. Puedo enviar a un hombre donde usted me diga a que recoja su equipaje.

—Agradecido acepto. Tengo mi maleta-biblioteca y mi maletín de ropa en el camarote de oficiales del «Passier», que está varado en el dique seco. Escribiré una nota.

Diez minutos después, en posesión de su bagaje, Georges Labru desde el camarote, oyó un tintineo metálico. Por la entreabierta portezuela vió en la camareta a Maloney sujetándose el cinturón-canana...

Cuando el Capitán Pantera se dirigía hacia la puerta, Georges Labru asomó por la camareta.

—¿Va usted muy lejos, Maloney?

—Un paseo... Al número siete. Quiero advertir de una forma u de otra a Chiao Yun de que yo no quise ni deseé la muerte de su padre. Yuan Kang podía ser un bandido indecoroso, pero para ella era su padre. Y me molesta que ella me guarde rencor.

—Acepte mi consejo, Maloney. Déjelo. Esta tierra no abunda en seres que sean sensibles a su rectitud de luchador noble. La astucia pérfida de los vengativos orientales es un peligro contra el que se estrellará su ingenua franqueza.

—Intentarlo no cuesta, nada. Además, si hablando no logro convencer, empleo otros procedimientos más directos. Pero claro, con una mujer no puedo argumentar con explosivos... pero sí con sus satélites. Hasta luego,

doctor,

—Déjeme acompañarle...

—No. Siga soñando, con su hija de mandarín. Hasta luego.

Ante el tono incisivo de Maloney no insistió el bretón.

El *dock* número siete, era un conglomerado de almacenes donde se apilaban fardos y mercancías de la «East China Navigation CO»

A las once de la noche había decrecido en mucho la ordinaria actividad diurna y los vigilantes del *dock* número siete recorrían en cumplimiento de su obligación los distintos almacenes enfocando sus linternas eléctricas siempre que observaban alguna sombra por entre los grandes hacinamientos de mercancías cubiertas por lonas embreadas.

Uno de ellos rodeó con un halo de luz la figura de un alto marinero.

—Buenas noches, capitán. ¿Desea usted algo? —preguntó el vigilante.

—Este es el *dock* número siete, ¿no?

—Si, capitán. Pero ahora no está el capataz.

—¿A qué hora entró usted de guardia?

—Como siempre. A las diez.

—¿No observó nada anormal?

—Nada, capitán... Aguarde. Ahora que me acuerdo, no sé si será anormal, pero cuando llegué yo, había un coche detenido allí en aquel «hangar». En su interior había varios hombres, y junto al radiador, una mujer fumaba. Parecían estar esperando a alguien.

—Seguramente. ¿Y qué más?

—Al vernos llegar a mí y a mis compañeros de servicio, subió la mujer al coche tirando su cigarrillo, y se marchó. Era un magnífico «Studebaker»...

—¿Cómo era ella?

—Pues... —y rascóse la sien el vigilante— ...alta, ni flaca ni gruesa, una de esas chicas que llaman los franceses «fausse maigre», ¿sabe?, que tienen los huesos bien cubiertos. China parecía por algún rasgo especial, pero vestía un sastre gris, con blusa roja... y era.... ¡vaya, que casualidad!... era pelirroja como usted.

—¿Sí? —y Maloney silbó Intrigado—. Gracias, vigilante. Tome ese billete, ya que tengo prisa y no le puedo invitar a tomarse algo conmigo.

—Gracias, capitán...

Pero ya Maloney después de introducir en el bolsillo del vigilante un billete de diez dólares, se alejaba a largas zancadas hacia la ciudad.

Afranio Juiz da Fora dormía apaciblemente en la vivienda que ocupaba habilitada al extremo posterior de su peluquería.

Se despertó contrariado, cuando unos persistentes y sonoros golpes hicieron vibrar la puerta de cristales de su barbería.

Miró el reloj colocado encima de la mesita de noche. Marcaba las once y veinte minutos... Hora impropia para que un cliente viniera a solicitar sus servicios.

Pensó que seguramente se trataría de algún beodo y prefirió acudir, antes que la cristalera de la que estaba tan orgulloso cayera rota en añicos.

Abrió, retrocediendo íntimamente asustado, cuando reconoció al nocturno visitante.

—Buenas noches, «excellenza».

—No muy buenas, amigo. Que a mí me molesta para que me hagan pagar para encima quedarse con mi cabellera.

Y Ross Maloney cerró tras sí la puerta. Quedóse adosado a los cristales opacos, apoyadas ambas manos en su cinturón, donde al quedar entreabierta la guerrera veíanse los dos *Colt*.

—Escucha, brasileño. Yo soy un elemento pacífico, pero cuando me amoscan, me pongo muy pesado. ¿Cuánto vale toda tu cacharrería? Contesta pronto.

—Pues... yo no sé... —tembló el brasileño—. Gasté mucho... Cerca de cuatro mil dólares ganado en mis cafetales de Sao Paulo...

—¿Tú no querrás que tus cuatro mil dólares se conviertan en polvo para barrer? Eres un chico listo y me vas a explicar sin mentir que cáscaras de trampa había en tu manicura...

—Oh, señor —y suspiró aliviado el brasileño—. Si no es más que eso, yo lo aclararé todo. Entró ella, y creyendo yo en alguna bagatela amorosa, acepté el que ella fingiera ser manicura. Nada más.

—¿Conque nada más, eh? ¿Bagatelas amorosas?

Al sentirse cogido por el cuello de su pijama, Afranio Juiz da Fora palideció... lo cual en su cutis bronceado y oliváceo traducíase por un tinte cenizoso...

—¡Juro que es verdad, «Excellenza»!

—Vamos por partes. Primera sacudida —y Maloney imprimió al corpulento brasileño un movimiento de vaivén—. ¿Quién era ella?

—Chiao Yun, la hija de Yuan Kang.

—Segunda sacudida: ¿por qué no me lo dijiste?

—Chiao Yun es peligrosa, «excellenza» —respiró entrecortadamente el peluquero—. Me dió dinero y me ordenó callar.

—¿De qué conoces tú a Chiao Yun?

La peligrosa aproximación con la que al atraerle hacia sí quedó el rostro del brasileño con el de Maloney, infundió al peluquero una acelerada verbosidad.

—La vi entrar, y ella se llevó un dedo a los labios recomendando silencio. Me dió dinero. Usted estaba con el rostro cubierto por la toalla... Y ella ofreció sus servicios de manicura... Yo callé porque Chiao Yun es... muy

mala, «excellenza»... Todo el mundo en Shangai ha oído hablar de ella y de su castillo de los tormentos... Yo serví a su padre, que cuando venía a Shangai me mandaba llamar para que le arreglase el cabello... Y un día en una de estas ocasiones vi entrar a Chiao Yun. Vestía, a la usanza china, ricas prendas de seda y oro, y gruesos alfileres atravesaban sus negros cabellos brillantes... Un peinado maravilloso...

—¡Cáscaras! ¡Pero si ella es pelirroja!

—No, «excellenza». Era una peluca.

—¿Cuál es la peluca? ¿Los cabellos negros o los rojos?

—Los rojos, «excellenza».

—¿Dónde reside Chiao Yun?

—Siempre generalmente en el interior del Gran Canal. Pero nadie sabe con certeza dónde... Muchos blancos desaparecieron de Shangai... y se dijo que habían hallado la más atroz de las muertes en el interior. Porque cuando Yuan Kang quería torturar a alguien lo enviaba a los mongoles que sirven de escolta a Chiao Yun. Pero nadie sabe dónde está el castillo de los tormentos. Dicen que al borde de un lago... pero otros aseguran que es un subterráneo bajo un templo budista cercano a Hanchow...

Soltó Maloney el pijama del brasileño. Se pasó la mano por la barbilla.

—¿Mongoles, cabello negro, ojos verde violeta? —murmuró en voz baja meditativo—. Escucha, «excellenza». Si vuelves a recibir la visita de Chiao Yun le dirás que yo, Ross Maloney, no peleo con mujeres. Que me deje en paz, y que el accidente de su padre, fué eso: un accidente. Dile también que si me quiere llevar a su castillo de los tormentos me olvidaré de que es una mujer y me disgustaría mucho atiborrar de dinamita su castillo con ella dentro acompañada por sus mongoles. ¿Te acordarás, «Excellenza»?

—Se lo diré, «Excellenza». Lo juro...

—Y la próxima vez que yo venga por aquí, «Excellenza», como me achuches a una manicura falsa, me quedará con tus dientes postizos. *Abur.*

Hacía ya varios minutos que se había ido Maloney, cuando aun el brasileño seguía tembloroso... Recuperóse por fin, suspirando...

Daba por descontado que no volvería nunca más a ver al marino que merecía tanta atención por parte de la cruel e insensible Chiao Yun.

Y también daba por descontado que si volvía a recibir la visita de Chiao Yun, nada diría de cuanto acababa de oír. Estremeciéndose al pensar en el lejano y misterioso castillo de los tormentos, introdujose entre las sábanas, recordando con nostalgia la idílica paz de los cafetales de Sao Paulo.

A su regreso al «Furia» encontró Maloney al médico bretón jugando con Mei-Hsi una partida de ajedrez, el juego que inútilmente había Mei-Hsi querido enseñar al americano.

Georges Labru continuó impasible, pero una luz de alegría brilló en sus

ojos oscuros cuando vió sentarse frente a ellos al capitán Maloney.

Mei-Hsi con voz calmosa anunció:

—*Jaque mate*, señor doctor. Su rey no tiene escape. Puede sacrificar la reina... pero a la siguiente es *mate*.

—¡Valiente tierra! —rezongó Maloney—. Hasta moviendo pedazos de madera, la gente se mata.

—¿Puedo hablar, Ross? —preguntó Mei-Hsi.

—Habla, almendrita. A veces dices cosas muy sensatas.

—El señor doctor me ha explicado por qué tu frente está hinchada. También me dijo que Chiao Yun sigue tus pasos. Tu velero es fuerte, Ross. Puede soportar los embates de las olas en el mar abierto. No zarpes rumbo a Hanchow. Puedes comerciar en vastas extensiones del litoral, lejos, cuanto más lejos mejor de Shangai y la Zona del Gran Canal.

—En Hanchow tengo ocasión de hacer un buen negocio y a Hanchow iré porque así lo he decidido.

—Me has reprochado muchas veces, capitán Pantera, la deslealtad que un día cometí, entregándote a Kwei el Poderoso.

—Asunto olvidado, palomita.

—Tuviste la generosidad de perdonarme. Si te murieras, yo cubriría de ceniza mis cabellos antes de abrirme las venas...

—¡Cáscaras! —exclamó sorprendido el americano—. ¿Y qué culpa tengo si me muero algún día? No veo la razón por la que tendrás tú que hacer estas estupideces de encenizar tus trenzas y zafarte las venitas.

—Porque, y no me avergüenza decirlo delante del señor doctor, yo te amo, capitán Pantera.

Ross Maloney enrojeció, mirando de soslayo al impasible bretón.

—No ridiculices nuestra buena amistad, Mei-Hsi. Ya te he repetido muchas veces hasta la saciedad, que te quiero fraternalmente, y como tú eres una testaruda, te empeñas en ver amor donde no hay más que... pues, ¡yo qué sé!, amistad por tu parte...

Mei-Hsi levantóse y frágil estatuilla en su kimono, cruzó los brazos delante del pecho inclinándose.

—Somos de raza distinta, capitán Pantera. La amistad entre un hombre y una mujer no existe en China... Hiciste mal en perdonarme cuando fui desleal contigo... Quiero ahora advertirte una cosa. Eres valiente y en las riberas del Yang-Tsé tu nombre adquiere ya resonancia de leyenda. Atiende mi consejo, capitán Pantera. Humilde soy y puedes pisotearme a tu antojo... Que tu velero abandone la zona del Gran Canal, porque aquí hallarás una muerte horrorosa. La hija de Yuan Kang te vencerá y Chiao Yun posee la fuerza de sus barcos, la ayuda de sus mongoles, y una cualidad que tú no posees: la astucia que te vencerá.

Volvióse a inclinar Mei-Hsi ante Ross Maloney y ante el médico, desapareciendo a continuación hacia el puente. Fué visible poco después su menuda silueta de muñeca de porcelana, estática, en pie, contemplando como

alucinada la ancha extensión de azules y rojizas tonalidades en que la noche convertía, al gran río donde se reflejaban las linternas de los juncos en su silencioso navegar...

Georges Labru por varias veces intentó silbar con afectada indiferencia sin lograrlo. Ross Maloney repiqueteó con los dedos sobre la mesa, intentando también hallar alguna frase que desvaneciera la sensación de molestia que le había causado la declaración de la china delante de su reciente amistad.

—Bueno, eso... No haga caso, ¿eh? —murmuró contrariado—. Esta muñeca es muy buena chica... pero lo complica todo. No es que me quiera.... pues, al estilo de las novelas que hablan de amores... Es que se ha acostumbrado a verme... y confunde la amistad con el amor. Todo lo complican en esta tierra. Ya ve, sin ir más lejos, Yuan Kang quería eliminarme. Pues, señor, con decirle a sus hombres que me acribillaran a tiros asunto concluido. En vez de eso, les ordena que me cacen vivo y coleando como si fuera yo una trucha con perlas en la barriga. Y claro, así llevo yo las de ganar. Ahora es la hija la que sigue la misma táctica...

Pegó un puñetazo en la mesa que sobresaltó al médico.

—¡Mei-Hsi! —gritó.

La china acudió, serena la faz, aunque en sus pupilas brillaba una cierta humedad...

—¿Tú has visto personalmente a Chiao Yun? —preguntó Maloney.

—En una ocasión entró en la tienda de mi padre. Jamás quien una vez la ha visto, podrá olvidarla —dijo sordamente Mei-Hsi.

Maloney avanzó el busto y su índice tocó rectamente en el pecho al sorprendido bretón.

—Mal negocio para usted, doctor. Haga el favor de describirle a Mei-Hsi la apariencia de la hija del mandarín que percibió usted en el templo budista de Hanchow.

—Era alta, mórbida, de rojos labios gruesos, y grandes ojos verdes que según en ellos diera la luz, semejan dos violetas. Sus cabellos tenían la densidad de la laca. Parecía un ídolo femenino... —fue evocando el médico—, un ídolo ante el que todos los hombres tienen que sentir absurdos deseos de posternarse. Y yo soy bretón y católico.

Mei-Hsi miró al médico que no tenía la vista puesta en ella, sino a lo alto, hacia el horizonte que se entreveía por la ventanilla redonda de la camareta.

Inclinó ella la cabeza mudamente, como si con ello supiese que Maloney la comprendía. Y Ross Maloney comprendió que Mei-Hsi había identificado a la hija del mandarín de la que estaba poéticamente enamorado Georges Labru.

—Rodeaban el palanquín una esolta de mongoles huraños —siguió diciendo el médico—. No pude saber quién era ella... Veíase un lago muy azul donde como en un espejo se miraba un alto castillo.

Mei-Hsi volvió a inclinar la cabeza. Ross Maloney pellizcóse el extremo de la nariz, y su boca se crispó con el clásico mohín de un niño que acaba de descubrir que los cuentos de hadas son escritos por seres humanos...

—Trae el frasco de «brandy», almendrita —pidió Maloney.

Extrañado, el médico miró al americano.

—Le creía abstemio, Maloney.

—Es para usted, doctor. Dicen los médicos que no hay nada mejor que el «brandy» para rehacerse de una desagradable impresión nerviosa.

Escanció Mei-Hsi una copa de coñac, retirándose de nuevo.

—Lo siento, doctor —dijo Maloney como excusándose—. Me gustaba su enamoramiento. Tenía eso que llaman poesía... y me hubiera sentido casi emocionado si yo hubiese logrado llevarle hacia su hija de mandarín como en esos cuentos de hadas tan bonitos que yo leía cuando era un crío... Pero la poesía acaba de convertirse en sombría realidad fuera de su alcance, doctor.

Georges Labru ofrecía todo el aspecto de la mayor perplejidad.

—Seré obtuso, Maloney, pero no le comprendo.

—¡Cáscaras! Su hija de mandarín... es el diablo ése con kimono llamado Chiao Yun. Beba un traguito...

Georges Labru apretó los labios que quedaron lívidos, formando un surco delgado en su impenetrable rostro...

—Esta tarde ya le expliqué que era excepcional el hecho de que una manicura china tuviera aquellos ojos tan únicos que usted describió como pertenecientes a su «Esmeralda Violeta». Naturalmente la descartamos al no coincidir el color de los cabellos, si bien los demás detalles físicos correspondían a su «Esmeralda Violeta». El peluquero me ha revelado que la fingida manicura era Chiao Yun. También era Chiao Yun la que esperaba en el *dock* número siete, y que se marchó cuando llegaron los vigilantes. Y también era Chiao Yun la mujer de la que usted se enamoró en el templo budista de Hanchow.

—¿Qué seguridad tiene de ello?

Mei-Hsi, hundidas las manos en las anchas manos del kimono, habló lentamente desde el umbral de su camarote cuya puerta abríase a la sala donde se hallaban los dos hombres

—El escudo de la familia Yuan Kang es un castillo dominando un lago, y sus servidores son mongoles. Y Chiao Yun Kang es llamada «Esmeralda Violeta»...

El médico miró con dureza hacia Ross Maloney.

—Son dos los años que día tras día, noche tras noche, sin cesar, en mi mente sólo hay una imagen: la imagen de «Esmeralda Violeta» —dijo con voz mordiente—. Siga el consejo de Mei-Hsi, capitán Maloney. Váyase lejos de aquí...

—Ahora soy yo quien no le comprende, doctor.

—Si usted mata a Chiao Yun... yo le mataré, capitán Maloney. Y ahora, haga lo que prefiera. Naturalmente, lamento este azar tan desgraciado... pero no puedo seguir a su bordo, sí es como presumo, pese a todo, se dispone usted zarpar mañana al amanecer rumbo a Hanchow.

—No veo la razón por la que tenga usted que abandonarme —replicó

Maloney sonriendo—. Aprecio su rectitud y es muy natural que si yo pensara en matar a Chiao Yun usted hiciera lo propio conmigo. Pero Asia es muy grande y en esta zona del Yang-Tsé cabemos perfectamente Chiao y yo. Y basta de tragedias, ¡cáscaras! Usted siga soñando con su ídolo. Yo le dejaré en Hanchow y que la suerte le acompañe.

Georges Labru movió melancólicamente la cabeza.

—No persista, Maloney. Aléjese de aquí porque...



GIRBAU

...y vibrando, una flecha se clavó...

Un agudo silbido atravesó el umbral y vibrando frenéticamente como tala serpiente encolerizada, una flecha se clavó en un tabique a medio metro de la cabeza de Mei-Hsi...

Corrió al puente Ross Maloney, pero no vió en el muelle a ningún ser

humano. Desistió, comprendiendo la inutilidad de perseguir sombras entre las sombras de la noche, y regresó a la camareta.

Mei-Hsi, impassible, señaló la flecha que mantenía clavada contra la pared una hoja de roja seda donde aparecían en trazos de jeroglífico unos dibujos chinos.

—Es una flecha mongola, capitán Pantera. Mensaje de Chiao Yun. Dice:

«Donde vayas, mi venganza irá acompañándote.

Chiao Yun.»

Georges Labru señaló también la flecha.

—Naturalmente! ¡Qué diablos! Ya se me han hinchado las narices con tanta «chinería», trampas y flechitas graciosas. A mí por las buenas me llevan al pesebre, pero por las malas no se consigue nada bueno de mí. A usted le toca ahora decidir, doctor. ¿Viene conmigo a Hanchow?

—Sí. Pero recuerde que si usted...

—Ya me lo dijo. Buena suerte para usted y buena suerte para mí es lo que quiero, si es que nuestras suertes pueden lograr el imposible arreglo de que Chiao Yun me deje en paz, y a usted le calme su poético amor. Mañana al amanecer zarparemos rumbo a Hanchow.

CAPÍTULO III

«ESMERALDA VIOLETA»

Percival Brodwin seguía patrullando por las calles de Shangai, al frente de su escuadra de cuatro fusileros.

De vez en cuando el potente foco eléctrico que llevaba colgado de una banderola rodeando su cuello, proyectaba su haz de luz hacia los coches, que en escaso número transitaban con intermitencias por las calles.

Cuando la luz iluminó a una mujer que sentada junto al conductor de un espléndido «Studebaker» fumaba un largo cigarrillo ruso, Percival Brodwin dió una orden.

Los cuatro fusileros ocuparon todo el ancho de la calzada, deteniendo con sus fusiles terciados al «Studebaker».

—Excúseme señorita —dijo el oficial británico, acercándose a la ventanilla junto al busto de Chiao Yun—. Ruego que me permita ver su documentación.

—Soy Chiao Yun Kang —dijo ella altivamente.

—¿Realmente? No pongo en duda su afirmación, señorita, pero tengo entendido que la señorita Chiao Yun Kang es elogiada por el intenso negror de sus cabellos.

Con lentitud, Chiao Yun quitóse la peluca roja. Aparecieron sus naturales cabellos negros.

—Cuando visto a la europea, tengo por costumbre cubrir mis cabellos ungidos con la perfumada esencia que me legaron mis antepasados. Si usted, señor oficial, ha oído citar mis cabellos, también supongo que le habrán hablado de mis ojos. Tengo a orgullo ser llamada «Esmeralda Violeta» debido a su color.

—Queda usted identificada, señorita Chico Yun. ¿Puedo indagar quiénes son sus cuatro acompañantes?

Cuatro hombres de peculiar e indudable raza mongólica, vestidos torpemente a la europea. Ceñudos y ariscos, manteníanse hieráticamente erguidos en sus asientos.

—Mi escolta. Tengo por costumbre hacerme acompañar por ellos cuando visito Shangai.

—Dos costumbres extrañas, señorita. La peluca y los mongoles requieren quizás una explicación suplementaria. Excúseme, pero es mi obligación.

Destellaron cruelmente las extraordinarias pupilas de Chiao Yun.

—Mi padre fué a reunirse con mis antepasados. Tenía muchos enemigos y estos enemigos siguen siendo los enemigos de la familia Kan. Justo es que emplee cuantos procedimientos considere propios para asegurar mi integridad personal.

—¿Procedimientos tales como los empleados en el «Sailor's Amusements», hace escasamente tres horas?

—¿Qué relación guarda conmigo este bar de marineros ebrios?

—Estudió usted en Inglaterra y en Norteamérica ciertas costumbres de los países jóvenes. De Norteamérica lo peor, como lo demuestra su escolta, que allá llaman «body-guards» y son empleados por los «gangsters». De Inglaterra adquirió usted un buen acento londinense y cierta frialdad aparente. Un ruego, señorita Chiao Yun...

—Un oficial inglés de vigilancia no debe rogar, puesto que es una autoridad.

—Su Graciosa Majestad Británica cuando un subordinado le entrega la más insignificante de las cosas da las gracias, y a sus súbditos les pide por favor aquello que puede ordenarles —replicó fríamente Percival Brodwin—. Usted no es ni subordinado mío ni súbdito inglés. Pero en humilde escala cualquier inglés se siente orgulloso de poder imitar a sus soberanos en lo que atañe a la cortesía. Le ruego, pues, que si tiene alguna queja contra algún súbdito extranjero a su patria de usted, la presente a las autoridades y no emplee el procedimiento de sus antepasados. En el «Sailor's Amusements» cinco pobres cargadores de puerto han ingresado en la enfermería de la prisión, acusados de haber intentado el secuestro de un marino americano. Fué por orden de usted, señorita. Una orden tentadora, ya que cada uno de ellos percibió veinte libras esterlinas. No repita en Shangai tal tentativa, señorita Chiao Yun. Considerando que la reciente muerte de su señor padre la ha

afectado hasta el punto de hacerle perder la elemental serenidad que le aconsejaría normalmente acudir a las autoridades, y habida cuenta que el marino americano no fué secuestrado, las autoridades en pro a una buena relación con la familia Kang, honra de la tierra asiática, olvidarán este incidente.

—La familia Kang agradece tal distinción —replicó Chiao Yun—. ¿Un cigarrillo, señor...?

—Percival Brodwin. Gracias. No puedo fumar estando de servicio. Puede continuar, señorita Chiao Yun. Buenas noches. ¡Dejen paso!

Cuando al relevar, informó Percival Brodwin a su superior, sonrió levemente al oír que el comandante Burns decía:

—La elasticidad en el cumplimiento de sus obligaciones, teniente Brodwin, es de elogiar. Recuerde el proverbio que cita a los lobos mordiendo entre sí.

Media hora después al ir a entrar en el «bungalow» que habitaba al exterior de Shangai, el teniente Percival Brodwin recibió en el cuello un brutal latigazo...

Era la trenza mongol, que, arrollándose alrededor de su garganta y privándole de respiración, permitió que sin sentido y amordazado fuera depositado en el interior de un lujoso «Studebaker».

Chiao Yun fumaba otro de sus cigarrillos rusos, mientras el coche emprendió el camino hacia el norte.

La cortesía del teniente Percival Brodwin le iba a valer otros refinamientos muy distintos, en el espléndido valle por el que corría un delicioso río de agua fresca, formando en una colina un gran lago donde se miraba hierático y altivo un castillo impenetrable...

A ambos lados de la carretera por la que el «Studebaker» corría raudamente, desfilaron primero los valles húmedos y pantanosos donde el agua nutría viscosamente los arrozales.

Sucedieron en la transición del paisaje los bosques de castaños y, poco a poco, la vegetación fué adquiriendo matices azulados, donde las encinas y el musgo oscuro crecían por los altozanos.

Al crepúsculo, el «Studebaker» llegó a un paraje donde las montañas poco elevadas se teñían de escarlata y negro bajo el sonrosado poniente del sol en su ocaso...

El valle, que durante el día era riente y acogedor, tenía al caer la noche un aspecto triste e inhospitalario, y la fina y persistente niebla que le envolvía, le confería una impresión de rauda amenaza.

Sobre una elevación del terreno junto al dormido lago, un castillo se erguía y en sus fosos que le circundaban, el agua amarilleaba con negruscas estrías gelatinosas producidas por los residuos de los hierbajos mezclándose al

limo barroso...

A la aparición del «Studebaker» por el puente de piedra que conducía, al muro del castillo que se reflejaba en el lago, se abatió rechinando siniestramente la pesada madera forrada de planchas de hierro y erizada de púas que cerraba la única entrada accesible al castillo de medieval construcción.

A cada lado del umbral quedaron visibles dos largas pértigas clavadas en el suelo, y que ensartaban en sus extremos dos cabezas humanas.

Leíase en una de ellas la angustia de los últimos instantes de tortura.

La cara del otro ser era una mueca horrorosa. La boca muy abierta mostraba los blancos dientes que brillaban con macabro reflejo a la luz de los faros del «Studebaker».

Eran los restos recientes de los dos mongoles que personalmente enviados a Shangai por Chiao Yun para velar por la vida del Muy Poderoso Yuan Kang habían fracasado en su cometido.

Inmovilizóse el coche en el centro del gran patio, y de los cuatro mongoles, dos de ellos desaparecieron llevándose el cuerpo sin sentido del teniente Percival Brodwin.

Los otros dos colocáronse a cada lado de Chiao Yun, un paso tras ella.

—¿Wu Chien? ¿Henry Keppel? —preguntó Chiao Yun apenas puso pie en tierra.

El prosternado mongol siguió con la frente pegada al suelo junto a los zapatos de alto tacón...

—Tus mandatos aguardan, «Esmeralda Violeta» —murmuró más que hablando, entonando una cantinela semejante a un rezo fervoroso...

Henry Keppel, el alsaciano y Wu Chien el cantonés, eran los dos últimos lugartenientes de que disponía Yuan Kang a raíz de que Ross Malones al apoderarse del «Furia» y al vencer y hundir los otros barcos de su flotilla pirata la redujera a los dos veleros mandados respectivamente por Wu Chien y Henry Keppel.

Wu Chien, vestido con una cota de mallas adornada de satén carmesí y anchos pantalones del mismo tejido, ribeteados con flecos de oro, había dejado en el umbral de la sala en que se hallaban sus sandalias y su pesado sable de doble trinchante y doble empuñadura.

Henry Keppel, servil e inhumano, residente en Asia desde temprana edad, había adoptado la vestimenta oriental.

En su reluciente rostro grasiento, los dos ojos eran estrechas rendijas muy juntas a la delgada nariz.

Se jactaba del título que su tripulación le había discernido llamándole «Vertedor y bebedor de sangre blanca».

Ingresó a las órdenes de Yuan Kang, cuando en compañía de una

veintena de forajidos tomó el mando de ellos para pasar a cuchillo a la población blanca de una factoría interior.

Wu Chien y Henry Keppel semejábanse en ferocidad y en el empleo de un estilo engolado para narrar sus propias «hazañas».

Cumpliendo con su obligación cada uno de ellos llevaba en la diestra la narración escrita de su última misión de la cual estaban de regreso.

Y Wu Chien en la espera de «Esmeralda Violeta» dió lectura a su triunfo sobre el barco mercante del portugués de Macao...

«Zarpando en busca del «Ta Hsing», llegamos de noche a la desembocadura del «Xopoh», donde se decía había de venir en pronto descenso el barco del portugués de Macao.»

»Despaché espías para que hicieran indagaciones, y éstos regresaron con la noticia de que el barco portugués hallábase al ancla reparando una avería a unas tres leguas más adentro del «Xopoh».

»Navegamos silenciosamente río arriba hasta situarnos en la proximidad de los portugueses, quienes al vernos irrumpir de pronto, tocaron la campana de alarma, el sonido de la cual produjo tal revuelo y desorden, tanto en los de tierra como en los de a borda, que apenas podían entenderse a causa del gran estrépito».

»Sin amilanarnos, ordené descargar nuestros cañones, y, rápidamente, mis hombres se deslizaron al agua los unos, y otros con sus cuerdas lanzáronse al abordaje. Siguió una sangrienta lucha cuerpo a cuerpo, más espeluznante todavía por el estruendoso clamor de los tambores, platillos y campanas que ordené tañeran para impresionar al enemigo, y el tronar de la artillería resonaba en ecos por los valles y montañas».

Henry Keppel aprobaba con la cabeza, aunque mentalmente reconocía que en exageración le ganaba el cantonés, que siguió leyendo:

»Prendimos fuego a las bordas cuando ya los hombres encargados de vaciar las calas de sus ricas mercancías habían actuado. Ya parecía que la batalla nos era favorable, cuando apareció el portugués de Macao iluminado por las llamas, para exhortar a sus hombres y animarlos a hacer nuevos esfuerzos.»

»Me lancé al bordo enemigo y tras un inenarrable combate, asesté al portugués con mi alfanje de dos manos un terrible corte en la cabeza que se la hendió en dos pedazos y de un revés le seccioné las dos piernas.»

Aguardó el vanidoso cantonés un elogio.

—Sabia medida para vencer por completo, Wu Chien. Con jefes como tú

triunfarán siempre los que tengan el gran honor de servir bajo tu gran valentía y coraje.

«Con la muerte del portugués de Macao, vencido personalmente por mí —continuó recitando con énfasis el cantonés—, terminó la lucha y sólo cinco tripulantes salvaron la vida, los cuales fueron atados y arrojados a mi cala, con la intención de arrancarles más tarde a fuerza de tormento ciertas confesiones que me interesaban, pero estos prisioneros, indígenas de Macao, me conocían y prefirieron morir partiéndose recíprocamente a dentelladas la garganta antes que sufrir los especiales tormentos que en el castillo del lago les aguardaban.»

»Y terminando de cumplimentar las órdenes, recibidas, he vendido las mercancías, obteniendo por ellas una suma superior a la señalada, que quedó depositada en manos del tesorero en Hanchow».

—Ahora, mi amigo «Vertedor y bebedor de sangre blanca» —dijo enfáticamente y con gran condescendencia el cantonés—, aguardo con impaciencia tu relato escrito.

—Muy inferior en bravura y arrojo al tuyo, oh, gran Wu Chien.

El alsaciano desdobló su narración, destinada a ser leída por Yuan Kang, pero, por la muerte de éste, habría de ser oída por Chiao Yun.

«La misión señalada a este humilde servidor de la gran familia Kang era la de atacar el poblado de Acem y conseguir un centenar de mujeres para llevarlas al campo de arrozales del sur del Hupeh.

»Cuando llegamos al poblado de Acem, los blancos misioneros clamaron perdón y clemencia, y para ahogar sus gritos mandé prender fuego a la casa misional donde se hallaban. Como era de madera y cubierta por hojas de palma, ardió pronto. Lanzaron los misioneros y los niños que en ella se hallaban verdaderos gritos desgarradores. Era terrible ver cómo algunos niños se estrellaban de cabeza contra el suelo lanzándose desde lo alto. Algunos se evitaron tal muerte cayendo ensartados en las puntas de las lanzas de mis hombres.»

—Eficaz medida —aprobó calurosamente el cantonés.

«Para exacerbar las impulsos combativos de mis piratas, antes de desembarcar les di a beber pólvora mezclada con licor de arroz, y encendido el color de la cara y de los ojos, lucharon con inaudito valor. Fui contando los cadáveres enemigos, que sumaban setenta y ocho, a los cuales les fui cercenando la cabeza.»

—Recordaré esta sabia y prudente costumbre —comentó Wu Chien.

«La que más resistencia ofreció fué la hermosa Mei-Ying, esposa de KeChoo-Yang, el jefe del poblado. Uno de mis piratas la cogió por el cabello y, pegándola azotes, la metió por la fuerza en mi barco. Pero la mujer se resistía y mi pirata la tiró contra el suelo, rompiéndole algún diente, que le llenó la boca de sangre. Trató entonces mi pirata de amarrarla, pero Mei-Ying esperó que éste se le acercara y, tan pronto como le tuvo cerca, lo agarró por su cinto y, mordiéndole con su sangrante boca, lo arrojó al agua con ella, y ambos perecieron ahogados.»

»En evitación de que las ciento, catorce mujeres restantes se contaminaran por la vergonzosa actitud de Mei-Ying, ordené que las atasen de las manos con cuerdas suspendidas del techo de la sala. Y así efectuaron el viaje, hasta dejarlas en los campos arrozales del sur sin más contratiempo.»

Dobló el alsaciano su narración, esperando modestamente los elogios que el cantonés iba a tributarle, pero dos sordos golpes resonaron huecamente.

El gongo anunciaba la llegada de «Esmeralda Violeta».

Ambos piratas se prosternaron, hincando la frente contra el suelo.

Entró primero la guardia personal de Chiao Yun. Los mongoles de rostro amarillo, ojos rasgados, anchos pómulos y amplios pechos. Sus cabezas afeitadas ostentaban en la coronilla un solo mechón y en sus manos relucía el hacha de dos filos.

Otros mongoles, portando antorchas de resina chisporroteantes, desparramaban luz de centellas.

Aplicó uno de ellos su entorcha al pebetero que se encontraba entre las piernas del colosal Buda instalado al fondo de la sala, junto a un gran sillón de plata, labrado con arabescos de oro.

El áloe, el cedro y el laurel ardieron, extendiéndose por toda la sala un aroma denso.

Hierática, convertida en un ídolo pagano, apareció Chiao Yun Kang, vestida enteramente por tejidos brillantes en que la seda se mezclaba al oro.

Sus negros cabellos, atirantados y rematados en moño, alargaban sus grandes ojos verde-violeta. El rostro parecía el de una estatua, blanco por acción del maquillaje e intensamente rojo en los labios y en las mejillas.

Sus brazos, cruzados en aspa delante del seno, mostraban las manos, en cuyos dedos las vainas fingían largas uñas de mandarín.

Sentóse majestuosamente en el sillón, mientras cuatro mongoles entraban portando en angarillas de marfil el cadáver de Yuan Kang embalsamado.

Y por espacio de media hora sólo oyéronse en la sala las exhortaciones paganas impetrando el favor para el Muy Poderoso Yuan Kang.

Cuando quedó el cuerpo de Yuan Kang oculto bajo el pedestal donde se erguía la estatua del Buda, quedaron sólo en presencia de Chiao Yun los dos piratas y cuatro mongoles tras el sillón.

Oyó Chiao Yun la relación que leyeron los dos asesinos inhumanos, y dedicó sendos elogios a los dos «hombres que eran los servidores de más confianza de Yuan Kang».

—Por designios superiores sucedo a Yuan Kang en la continuación de su labor —dijo Chiao Yun enfáticamente.

Había desaparecido en ella todo vestigio de civilización occidental. Era «Esmeralda Violeta», la hija de mandarines, la mujer que odiaba intensamente a los blancos.

—Somos tus miserables y obedientes esclavos —dijo Henry Keppel posternándose de nuevo.

—Antes de proseguir en vuestras tareas habituales, hay un obstáculo que debe ser suprimido. Pero con mis propias manos debo conferirle mil muertes lentas antes de darle muerte. Es un hombre blanco, de roja cabellera y ardiente sangre combativa...

—Su nombre y te lo traeré, «Esmeralda Violeta» —dijo Henry Keppel.

—Es un norteamericano llamado Ross Maloney, aunque es más conocido en las riberas del Gran Canal bajo el apodo de Capitán Pantera.

—Describemelo, «Esmeralda Violeta», y te lo traeré —suplicó Wu Chien.

—Es alto y engaña su aspecto flaco. Posee músculos de acero y lucha empleando artimañas occidentales, lanzando sus puños hacia delante, y maneja las armas de fuego con diestra precisión. Hasta ahora han fracasado los hombres que contra él lancé.

—Moriremos antes de fracasar —dijo pomposamente Henry Keppel.

—Tiene un punto débil en su armadura: desconoce la astucia. Mañana al amanecer su velero, que robó a Yuan Kang, el sampán «Furia», arribará a Hanchow. No puedo personalmente ir a su encuentro porque me conoce, pero rondaré impetrando el favor de mi dios para que logréis apresarle. Cuando uno de vosotros lo hubiese logrado, lo entregaréis a mis mongoles. Y ambos a la par cargaréis contra su velero, hundiéndolo sin que quede con vida uno solo de los que por acatar las órdenes del Capitán Pantera traicionaron a la familia Kang.

Chiao Yun guardó unos instantes silencio.

—He pensado en que cada uno de vosotros dos puede acercarse sin temor al Capitán Pantera, empleando la astucia.

—Te escuchamos transidos de devoción —dijo Henry Keppel.

—Tu sabiduría iguala a la del Muy Poderoso Yuan Kang —remachó el cantonés.

—Tú, Henry Keppel, abandonarás por unos días tu habitual atuendo. Revestirás uniforme de marino y fingirás ser un capitán mercante de la flotilla comercial de Java.

—Podré fingirlo con propiedad, porque he residido en las islas holandesas.

—El Capitán Pantera viene a Hanchow para cargar sus calas con mercancía comerciable en Shanghai. Ofrécele a bajo precio fardos de seda virgen, que le dirás son los que no puedes cargar en tu barco, ya sobrecargado, y añadirás que si se lo ofreces a él es por solidaridad con el que es blanco como tú y en evitación de que sea un oriental quien pueda salir beneficiado.

—Suponiendo que acepte, ¿dónde estarán esos fardos?

—Están colocados en el almacén instalado a la salida de Hanchow, junto al campo de juncos de la pagoda Norte. Consigue tan sólo llevarlo allí y habrás ganado mi favor y el derecho a ser mi lugarteniente de confianza.

—¿Y cuál es mi misión, «Esmeralda Violeta»? —preguntó ansiosamente y con envidia Wu Chien.

—Revestirás ropas de comerciante y, tan pronto llegue el velero «Furia», hablarás del marfil que posees. Compórtate como un traficante cantonés. También, si logras convencer al Capitán Pantera, lo atraerás al almacén junto al campo de juncos de la pagoda Norte.

En contacto las dos palmas de sus manos alzadas ante el rostro, musitó Chiao Yun:

—Si mataseis al Capitán Pantera, las torturas que a él le infligiré personalmente os las dedicaré a vosotros. Podéis iros a Hanchow.

CAPÍTULO IV

HANCHOW

Para el shangaiense, cansado del ajetreo de la nueva metrópoli, Hanchow es una ciudad de gran tipismo.

Con sus templos, sus pagodas, sus reliquias, su lago surcado por barcas como góndolas con doseles, de tan escaso fondo que en verano se cubre de las vistosas flores de loto, Hanchow ha sido llamado «el jardín de Oriente».

Circundan el lago villas de los naturales adinerados. De los jardines de las quintas asoman glorietas sobre las aguas y las calzadas se internan en éstas hacia las diminutas islas formando los puentes clásicos, que describen la curva de una giba de camello.

Caprichosas montañas de pequeña elevación rodean la ciudad, y el lago y el panorama levantan el ánimo del residente en Shanghai interrumpiendo la monotonía de la llanura del Wangpu.

Para un temperamento de occidental enervado le es grato penetrar en los amplios templos budistas de las afueras de la ciudad y escuchar el melodioso y monótono salmodiar de los bonzos de cabezas rapadas.

Los acompasados salinos, mezclándose a los suaves tañidos del gongo,

trascienden de las naves y recintos del templo hasta las densas arboledas al pie de los angostos valles.

Tan pronto el «Furia» atracó en el muelle principal de Hanchow, Georges Labru bajó a tierra, indicando a Maloney su propósito de ir a visitar el templo budista donde por vez primera y única había entrevistado a «Esmeralda Violeta».

Desde el puente, Ross Maloney le vio alejarse. Mei-Hsi, a su lado, suspiró.

—¿Qué te ocurre, almendrita?

—Pienso que ahí va un blanco que conoce las delicias y los tormentos de un amor sin corresponder.

—¡Amor, amor! ¡Cáscaras! La verdad está en un buen «beafsteack» con muchas patatas fritas.

—Tu vulgaridad es escalofriante, Ross Maloney —musitó ella—. Sin embargo, hace años me hablaste de amor.

—De lo que hago nunca me arrepiento. Era yo entonces mucho más joven —dijo Maloney desde la altura de sus veintiún años—, y me encontraba débil y necesitado de ternura. Hacía poco que había abandonado mi hogar. Tú te burlaste de mí. Y de una vez para siempre recuerda, almendrita, que hay una cosa que nunca puedo perdonar: la deslealtad.

—Algún día amarás a una mujer, Maloney.

—¡Qué duda cabe! Entre todos los diablos siempre hay un ángel. Pero la mujer que yo ame será sencilla, sin gran inteligencia, como yo, que le llamaré al pan, pan, y no jugaré al ajedrez.

—El destino te reserva quizá una mujer muy distinta a la que piensas. Y ¡ojalá sufras!

Ross Maloney ladeóse un poco hasta que sus manos asieron por los hombros a la frágil china. La miró con cierta dureza.

—Escucha, palomita. En ti no hay amor. Hay amor propio herido. Eres bella y te molesta que yo no te haga caso, cuando un día balé como un cordero suplicando y mendigando que te dignases quererme. ¿Crees que yo tampoco tengo amor propio? Quizá te quiero, ¿quién sabe? Pero, fíjate bien en lo que voy a decirte. Si naufragásemos y tú y yo solos quedásemos en una isla desierta, antes que hablarte de amor, antes que suplicar de ti un simple beso, te comería asada. ¿Está claro? Pues a no volver al asunto. Y sigamos tan amigos.

La soltó y, dándose vuelta, no pudo percibir la intensa luz de odio que iluminó los ojos de la hermosa Mei-Hsi.

Chiao Yun escuchó atentamente el informe de uno de sus mongoles, que había aguardado la llegada del «Furia».

—¿Y dices que este blanco fué abrazado por el Capitán Pantera?

—Sí. Primero se dieron la mano a la usanza blanca y después, riendo, el diablo pelirrojo abrazó al otro blanco, quien a continuación descendió por la escala. Yo le seguí.

—Has hecho bien. ¿Dónde está el blanco amigo del Capitán Pantera?

El mongol, que hablaba dejando oír su voz por la ranura de las entreabiertas cortinas del palanquín detenido ante el templo budista, miró de soslayo.

—Vino hasta aquí. Y ahora mismo está sentado en el banco junto a la entrada. Mira sin cesar hacia tu palanquín, oh, Chiao Yun.

—Acércate a él, postérnate y suplícale en mi nombre que se digne aproximarse al palanquín, que Chiao Yun desea hablarle.

Georges Labru, cuando al llegar ante el templo budista vio el palanquín rodeado de mongoles y las cortinas cerradas ostentando el bordado emblema de un castillo y un lago, se creyó bajo la influencia de un espejismo, de una ilusión óptica creada por su afán obseso de volver a ver a la que tan honda impresión había causado.

Estaba decidido esta vez a no dejar escapar la ocasión de acercarse como fuese a «Esmeralda Violeta».

Sintió que su habitual impasibilidad le abandonaba cuando un mongol, destacándose del palanquín, vino hacia él y, en chapurreado inglés, le hizo saber con grandes ditirambos elogiosos que Chiao Yun la Magnífica... Chiao Yun la Poderosa hija de Yuan Kang, deseaba hablarle.

Con la mística unción, con la ente un devoto fetichista veneraría al objeto de su adoración, Georges Labru quedóse inmóvil, abiertos los ojos, en hipnótica y muda contemplación de Chiao Yun.

«Esmeralda Violeta», entreabierta la cortina que rodeaba por ambos costados el palanquín, se mostraba en toda la esplendidez lujosa de sus vestiduras orientales, reclinada sobre blandos almohadones recamados en pedrería en sus esquinas y cubiertos de blancas pieles mullidas.

—Os saludo, señor —dijo con suave entonación.

El bretón, como si estuviera en trece, bajo los efectos de su poderosa atracción, recitó más que habló:

—Hace dos años te vi, «Esmeralda Violeta». Era también ante este templo. Desde entonces sin cesar, minuto tras minuto, tu imagen quema mi corazón. Hoy bendigo a la Providencia, que quiso de nuevo que tu imagen hecha carne se dignase aparecer ante mí.

—¿Me conoces?

—Sólo supe entonces que te llamaban «Esmeralda Violeta». Hoy sé que eres Chiao Yun, la hija de Yuan Kang.

—Tu acento tiene ciertas desinencias francesas. He vivido en Europa.



...se mostraba en toda la esplendidez lujosa...

—Soy bretón, Médico de marina, y me llamo Georges Labru. Te pareceré ingenuo y ridículo, pero si de nuevo has de desaparecer después de haberte dignado llamarme, prefiero morir.

—Te ofrezco un asiento ante mí, Georges Labru. Quiero hablarte.

El médico entró en el palanquín. Cayeron las cortinas, y vióse a solas ante la mujer de la que estaba locamente enamorado...

La tenue luz de una roja linterna aureolaba la figura de Chiao Yun.

—¿No te preguntas al razón por la que te he rogado vinieses a hablar conmigo?

—Sólo sé que te contemplo, que oigo tu voz... y soy feliz contemplándote, Chiao Yun. Si viviste en Europa, puedes acaso sentir nostalgia de la civilización europea, que hace, de la mujer un ser libre. Eres culta y tu fortuna es cuantiosa. ¿No cambiarías tu inmensa fortuna por un vivir más modesto, pero disfrutando de cuántos dones dispensa la civilización europea a una mujer?

—Quizá a veces he soñado con abandonar mi tierra natal. Pero no he hallado aun el hombre que me inspirase amor suficiente...

—Déjame estar cerca de ti —imploró el médico—. Soy libre y amo cuanto se relaciona con China y sus costumbres. Permíteme ir contigo en calidad de lo que sea. Tu esclavo, si es preciso, pero no dejes que de nuevo quede a solas con tu imagen quemando mi pecho.

—Si eres médico, quizá puedas serme útil, Georges Labru. Pero, antes, deja que te hable de algo que más me interesa.

—Hay fría indiferencia en tus palabras, Chiao Yun. ¿No ves que sufro ardientes deseos de tocar tu mano para comprobar si eres realmente una mujer o un ser irreal?

Ella sonrió perversamente.

—Tendrás tiempo de comprobarlo, blanco. ¿Qué es aquello a lo cual más aspiras?

—Poseerte.

—Yo aspiro a algo con todas las fuerzas de mi ser. Sabes que, en todo oriental hay un comerciante nato, sea de la alcurnia que sea. Quizá a cambio de lo que desees, tú podrías darme lo que yo deseo.

—¡Dímelo! Y sea lo que sea, por ti de todo soy capaz...

—Un amigo tuyo es enemigo mío. Él cree que quiero torturarlo. No sabe que mi deseo es dar empleo a sus dones de mando. Al morir mi padre he quedado sola e indefensa. Necesito un hombre fuerte, un hombre sin temor que se haga cargo del mando de mi flotilla comercial. Y este hombre sólo puede ser el Capitán Pantera, tu amigo.

—Puedo asegurarte que si rectamente le hablastes tal como acabas de hacerlo conmigo, él aceptaría lo que le ofrecieses.

—¿Tiene él mucha amistad contigo?

—Me aprecia, y yo también. Es leal y sincero...

Chiao Yun jugueteaba con una larga trenza sedosa extendida sobre su regazo. La trenza mongólica...

—¿Tiene a su bordo alguien más a quien aprecie?

—Hay una oriental de Shangai, que es su secretaria y ama de llaves. Él la aprecia, pero ella creo que está ofendida... A veces he sorprendido cierto odio

cuando le mira a él. Se llama Mei-Hsi.

La trenza silbó, y aunque el francés tendió hacia delante las manos, quedó inmovilizado por dos robustos brazos que, asomando por entre las cortinillas, denotaron que el silbido de la trenza arrollándose alrededor del cuello del médico había servido de aviso a uno de los mongoles.

El palanquín continuó siendo un anacrónico vehículo detenido ante un solemne templo budista...

Ross Maloney miró al robusto y grasiento capitán mercante que subía la escalerilla del velero.

Henry Keppel avanzó con la diestra tendida.

—Hola, hola, capitán Maloney —exclamó con la fingida jovialidad de un holandés amante de la buena mesa y la cordialidad—. Vengo a hablar de negocios con usted.

Estrechó Maloney la mano ofrecida.

—Siempre estoy dispuesto a ello, capitán...

—Henry Keppel. Holandés. He terminado mi carga, y me han dicho que acababa usted de llegar dispuesto a cargar. Desconfíe de esos cerdos chinos. Son muy tramposos. Haga caso a mi vasta experiencia de lobo de río y mar.

—¿Un trago? —ofreció Maloney.

—Nunca los rechazo —rió jovialmente el asesino.

En la camarata, mientras Maloney bebía su habitual jugo de naranjas, Henry Keppel bebióse dos copas consecutivas de «kummel».

—¿A cuánto paga usted el fardo de seda virgen embalado en «paca» de veintitrés kilos netos?

—¡Cáscaras! Precisamente ando loco buscando seda virgen, que está muy solicitada.

—Yo la he pagado a cincuenta y dos yens, porque tengo amistades en Hanchow. Pero resulta que estoy al tope y mi bote no carga más. Quedan aún una veintena de fardos. Y escuche lo que le digo: antes de que se los lleven esos cerdos de chinos, prefiero yo cederlos a usted. Naturalmente, aunque ambos seamos blancos, el negocio es el negocio.

—Naturalmente —aprobó Maloney, agradecido—. ¿Qué «sobordo» le pago? —preguntó riendo.

—Pongamos cinco yens por fardo —dijo condescendiente el alsaciano.

—¡Trato hecho! —aceptó Maloney, tendiendo su diestra, que fué estrechada con vigor por el alsaciano.

—Están almacenados en un hangar cercano al campo de juncos del Norte, en las afueras. Cuando usted me lo diga allí le acompañaré.

—¡Ahora mismo! No faltaba más... Voy tan sólo a ordenarle a mi piloto que no admita a nadie a bordo durante mi ausencia, y estoy inmediatamente con usted.

Cuando hubo salido el americano, Henry Keppel frotóse las manos con gran alborozo. Aquello era facilísimo...

Tardó Maloney tan sólo un par de minutos. Sentóse de nuevo frente al alsaciano.

—Bébase otra copita, capitán Keppel —ofreció Maloney.

—¿Para cerrar nuestro trato? —rió Henry Keppel.

—No —dijo Maloney, sonriendo—. Para celebrar tus funerales.

—¿Eh? —sobresaltóse el alsaciano—. ¿Qué ha dicho usted?

—Que te voy a convertir en una masa para albóndigas, «Vertedor y bebedor de sangre blanca».

Derribó su silla Henry Keppel al levantarse rápidamente, empuñando en la diestra una automática...

Cuando Maloney llegó a la cabina de popa para avisar al timonel Ling y a su segundo Tian, halló al viejo pirata y al corpulento luchador hablando nerviosamente, excitados.

—Parecéis dos macacos comiendo cacahuetes —sonrió Maloney—. Ha subido a bordo un buen hombre, el capitán Keppel, que viene a ofrecerme un magnífico negocio.

Ling y Tian intercambiaron miradas parpadeantes.

—Oh, no, Capitán pantera —susurró Tian—. Malo, muy malo, el capitán Keppel.

—¿Te ha zurrado la badana, viejo pirata?

—Oh, no, Capitán Pantera —intervino Ling con voz susurrante—. El viejo Tian sabe quién es Henry Keppel y yo también. Es el hombre que Yuan Kang destinaba a reclutar arroceras. Incendia muy bien, y ha pasado a cuchillo con destreza a muchos ancianos. A las mujeres sabía también pegarles.

—¡Valiente par de bandidos sois! —rezongó Maloney—. Pero si este hombre respira franqueza por los cuatro costados. Me dijo que era holandés y capitán mercante.

—Le llaman, en el alto y bajo Hupeh, el «Vertedor y bebedor de sangre blanca» —explicó Tian—. Siempre viste como los chinos ricos y mata muchos blancos, muchos...

Ross Maloney racóse la sien.

—Vino a añadir uno a la lista —comentó—. Pero... ¡yo no le he hecho nada a este asesino!

—Manda el velero «Haifang» y es el terror de los poblados...

Ross Maloney asió por el cuello a los dos piratas.

—Bueno es que fuerais bandidos, macacos, porque así conocéis a todos los bandidos.

—Oh, no, Capitán Pantera —dijo Tian dignamente—. Nosotros ser bandidos, pero no matar más que en combate y a enemigos hombres. Este

hombre mata mujeres, niños y viejos prendiéndoles fuego...

Con una sacudida de estremecimiento, Ross Maloney soltó ambos cuellos. Cuando se dirigía hacia la sala camareta donde aguardaba Henry Keppel, el rostro de Tian es arrugó en múltiples surcos.

Y Ling también sonrió pensando en los escasos minutos de vida que le quedaban al «Vertedor y bebedor de sangre blanca»...

La pistola automática de Henry Keppel subió hacia el techo al asirle Maloney por el antebrazo.

El alsaciano, ducho en toda clase de combates, esquivó el primer puñetazo de Maloney. Pero el segundo impacto le alcanzó limpiamente bajo la barbilla, y fué retrocediendo, abriendo los brazos, ante el aluvión huracanado de puñetazos que, como un émbolo loco, le propinaba Ross Maloney.

Al caer tropezó con la horquilla de la ametralladora. Una de sus manos buscó ansiosamente el gatillo.

El puntapié que recibió en la garganta le hizo gorgotear y quedó tendido, boca arriba.

Cuando recuperó el sentido estaba semidesnudo. Tan sólo conservaba los pantalones azules.

Amarrado sólidamente y sostenido por cada uno de sus gruesos brazos por Tian y Ling, examinó temblando el rostro desconocido que ante él le miraba ceñudamente.

Ningún vestigio del joven campechano había en el hombre que fué diciendo:

—Pensé matarte a puñetazos, Henry Keppel. Pero sería muerte demasiado suave para un criminal de tu laya. He pensado algo mejor. Sois muy adictos a la astucia y a las torturas. Voy a ver si aprendo yo también. De ahora en adelante recordaré siempre que Buda sonríe con perversa y traidora humildad engañosa. ¿Dónde tenía yo que ir contigo a buscar estos fardos de seda?

—Al almacén de los campos de junco junto al templo Norte. Pero... ¡sufres algún error! Yo...

—Tú te callas, que ya te quedará tiempo de gritar cuando en un poblado te acojan con estas sabias torturas tan sabrosas que seguramente te tienen reservadas. Dos de mis hombres te llevarán metido en un saco, pero con respiradores para que no te asfixies por el camino, hasta el poblado donde más bestialidades has cometido. Los que allí queden te tratarán con mucho mimo, y habrá un criminal renegado menos en la tierra asiática. Me quedo como si me hubiera bañado en agua perfumada, Henry Keppel.

El alsaciano remojóse varias veces los labios.

—Dame vida salva, Maloney... Y yo te diré lo que contra ti se prepara. Abajo te aguarda Wu Chien. Finge ser un mercader. Él, como yo, ha sido

enviado por Chiao Yen. Tenemos los dos veleros anclados en la ribera sur. Esta noche atacarán tu velero con dinamita y ametralladoras. Te he salvado la vida, Maloney. Ahora tú...

Ross Maloney adelantó el brazo y un brutal revés en manotazo quebró varios dientes de la boca del alsaciano.

—Triple cerdo que eres —rezongó Maloney—. Has vendido a tus compañeros de crímenes. ¡Vosotros dos! Llevadme a ese fardo de grasa sucia a la cala. Que no os vean desde tierra.

Tian empleó el sistema más expeditivo. Un saco cubrió el rostro y el busto del alsaciano, mientras el fuerte Ling, levantando en vilo a Henry Keppel, enfundó sus piernas en otro saco.

En evitación de que gritase, el viejo Tian, antes de cubrir el rostro del alsaciano con el saco, hundióle en la boca sangrienta una estopa llena de brea a modo de mordaza.

Y los dos piratas lleváronse sobre los hombros un saco voluminoso, que semejava contener algodón...

Wu Chien inclinóse ceremoniosamente cuando Ross Maloney se detuvo al pie de la escalerilla.

—Humilde servidor, capitán blanco. Tengo buen marfil, del mejor de la comarca helada.

—Vaya, hombre —sonrió Maloney—. ¿Marfil bueno, bueno?

—No lo encontrarás semejante en todo Hanchow. Yo soy Wu Chien, el cantonés, y vendo honradamente,

—También yo compro honradamente. ¿Dónde está tu marfil?

—En un almacén junto al campo de juncos de la pagoda Norte.

—Vino ya un capitán mercante a ofrecerme buena mercancía. Se quedó arriba a bordo, porque desconfío de él. No sé... me parece algo sospechoso.

—Oh, sí, gran señor. Tú has tenido gran acierto en no fiar de Henry Keppel. Es un pirata criminal.

—¡Ya decía yo!... Bien, cantonés, ¿dónde cáscaras está tu almacén? ¿Muy lejos?

—Cerca, señor.

Ross Maloney extrajo de su bolsillo un silbato. Tres cortos pitidos hicieron descender a una veintena de hombres portando cajas suspendidas del cuello por banderolas.

Wu Chien miró inquieto al refuerzo inesperado.

—¿Son tus marinos?

—Sí. Nos acompañarán a tu almacén. Trataremos tu marfil a cambio de la mercancía que llevan en sus cajas.

—¿Qué mercancía es?

—Oh, no es mala. Casi tan buena como tu marfil. Dinamita pura.

—Tú bromeas, ¿no, capitán? —inquirió recelosamente Wu Chien.

—Además de dinamita llevan mi fusil ametrallador escondido para no llamar la atención. Abre las orejas, Wu Chien. Tu amigo Keppel ha cantado de plano. ¡No te muevas, cretino! —y Ross Maloney asió tan rudamente por el hombro al cantonés, que éste gimió asustado—. Nos vas a acompañar a tu lindo almacén. Tú abrirás la puerta y entrarás el primero. Yo te ayudaré empujándote con una de las cajas, encendiendo primero la mecha para que veas bien el camino por donde andas...

CAPÍTULO V

LA FABULA DEL ELEFANTE Y LA SERPIENTE

En las afueras de Hanchow, en un desierto paraje rodeado por esbeltos juncos, una construcción de madera aparecía solitaria. En una cercana colina alzábase una pagoda...

En el interior del hangar destinado a almacenar mercancías que traían los barcos de Yuan Kang, veinte mongoles silenciosos, parecían soportar con sus espaldas los tabiques de madera.

En sus manos sostenían una heterogénea diversidad de extrañas armas.

Los más cercanos a la gran puerta de corredera, empuñaban «hangs», vulgarmente llamada por los exploradores europeos «anzuelo».

Era una pica de mediana largura, que servía igualmente de cerca que de lejos. La punta larga y fuerte estaba provista de muchas barbas con ganchillos curvados.

La madera cubierta de láminas de hierro en casi toda su longitud, no podía ser quebrada ni destrozada por los sablazos u hachazos. Cuando el «hang» se clavaba en las ropas del enemigo o en sus carnes, se hacía imposible su extracción por más esfuerzos que hiciese el apresado por ella.

Cuanto más forcejeaba, más se clavaba en sus carnes la temible arma mongólica. Otros llevaban redes, y los más la trenza, cosa infalible en su lanzamiento...

Los esbeltos juncos seguían formando a modo de centinelas alrededor del solitario almacén cuando uno de los mongoles mirando por una rendija alertó a los demás.

Acababa de divisar a Wu Chien que avanzaba hacia la puerta, acompañado por un marino blanco de rojos cabellos que llevaba los brazos a la espalda...

Los mongoles quedáronse rígidos, a la expectativa. Por fin el enemigo de Chiao Yun iba a caer preso.

La puerta se entreabrió lentamente... y Wu Chien gritando su pánico

arrojóse de rodillas...

Silbaron las trenzas, voltearon las redes, y los «hangs» se abatieron sobre el hombre que descubriendo de pronto el fusil ametrallador que ocultaba tras la espalda, barrió circularmente disparando ráfagas crepitantes contra los cuatro tabiques del hangar.

Los «hangs» no llegaron todos a su destino... Dos quedaron colgado del hombro izquierdo de Maloney que crispadas las mandíbulas siguió disparando, rojo el rostro, semiasfixiado por las trenzas que se arrollaban en su cuello y las redes que le cubrían.

La pólvora llenó de humo el hangar, mientras como peleles iban los mongoles doblándose por la cintura... Uno de los «hangs», al caer muerto su poseedor, hincóse mortalmente en la cabeza de Wu Chien, que tumbado en el suelo intentaba disparar contra el hombre que vomitaba fuego en abanico, apoyada la culata contra su cintura.

De entre los juncos acudieron corriendo a toda velocidad los que hasta entonces, obedeciendo las órdenes del capitán Pantera, habían permanecido escondidos entre ellos.

Cuando llegaron vieron tendidos por el suelo a los veinte mongoles en posiciones contorsionadas.

Febrilmente fueron desembarazando al «Huracán Llameante» de las redes y las trenzas. Con cuidadosos ademanes lo quitaron los dos «hangs» y Ross Maloney tendió el fusil ametrallador a uno de los chinos que volvió a esconderlo en su caja.

—Vámonos, macacos. Huele a pólvora... y este almacén ha cerrado por liquidación de existencias...

A bordo, Mei-Hsi restañaba las dos heridas, y pronto el viejo Tian acudió con los útiles de «cauterización».

Al verle colocar en el suelo de la camareta la hornilla en cuyas brasas depositaba un ancho puñal, hizo Maloney una mueca de desagrado.

—Esto será muy sano y cierra pronto los cortes, pero ¡cáscaras!, no me hace ninguna gracia. Dame un muslo de pollo, almendrita.

Y masticando mientras por la camareta se extendía el olor a carne quemada evitó así Maloney el gemir de dolor y rechinar los dientes mientras el puñal al rojo vivo iba quemando los bordes de las dos recientes heridas.

Poco después en cubierta los tripulantes del «Furia» entonaban su canción de alabanza al «blanco de rojos cabellos» que se cauterizaba como los viejos piratas, comiendo carne mientras el «sabio y anciano Tian» tenía el honor de quemar los músculos del «Invencible».

—Ya están otra vez berreando —murmuró contrariado Ross Maloney—. ¿Por qué en tu tierra, Mei-Hsi, a todo le quieren dar complicaciones?

—Todos no pueden poseer tu mente de bruto vulgar —replicó ella con

suavidad.

Rió Maloney sin ofenderse en lo más mínimo.

—Es extraño, almendrita. Causas a ratos la impresión de que me odias.

—El elefante no le puede temer a la serpiente.

—Ni yo soy un elefante ni tú eres una serpiente, dulzura. Y, sobre todo, no puedo temerte porque en el fondo sé que tú eres un buen amigo mío.

Salió Mei-Hsi a cubierta... La fiebre se apoderó de Ross Maloney, quien durmió pesadamente hasta el crepúsculo. Cuando preguntó por Mei-Hsi, le dijeron que había ido a pasear por Hanchow.

Reunió Maloney a sus hombres en la cala, en el centro de ellos apoyó uno de sus pies en un saco echado encima de la madera del suelo.

—Aquí dentro está un asesino que mandaba en otros asesinos. Pronto tendrá su castigo, porque Hen-fo y P'eng lo regalarán a los que más han sufrido por sus crímenes. Cuando caiga la noche los dos veleros de Wu Chien y ese saco, vendrán dispuestos a atacarnos con explosivos y «escupe-fuegos».

Sonrió Maloney al recordar la frase del teniente Percival Brodwin.

—Cuando los lobos se muerden entre sí, los corderos pueden pastar tranquilos, macacos. Por lo tanto, nosotros mordremos antes. Divididos en dos grupos iremos al encuentro de los dos veleros, por tierra... y ya que Chiao Yun quiso buscarme las cosquillas, me las encontrará.

Empezaba a oscurecerse el horizonte cuando por intermitentes grupos iban bajando del «Furia» sus tripulantes con cajas y cuerdas.

El último en salir fué Ross Maloney... y en el «Furia» sólo quedaron cinco piratas dispuestos a levar anclas y desplegar velas al menor síntoma de peligro...

Mei-Hsi erraba pensativa por las calles de Hanchow, cuando dos mongoles en silencio vinieron a colocarse uno a cada lado de ella.

Mei-Hsi les miró sin sobresaltarse.

—¿Qué queréis?

—Chiao Yun te aguarda. Desea hablarte. Chiao Yun desea tener favorables intenciones hacia ti...

Todo vestigio de la moderna Shangai desapareció en Mei-Hsi cuando, custodiada por dos mongoles, entró en el templo budista y fué introducida en un aposento de reducidas dimensiones.

La densa atmósfera aromática procedía de un pebetero encendido ante Chiao Yun Kang, que, sentada sobre sus piernas cruzadas y en aspa ambas mangas de su lujoso ropaje asiático, apoyaba las dos manos en sus propios hombros.

Mei-Hsi dejó de ser la muchacha aparentemente disfrutando del libre albedrío inculcado por la raza blanca.

Se arrodilló ante Chiao Yun y fué la oriental supersticiosa que reconocía

humildemente y por tácito atavismo la esencia superior de la hija de Yuan Kang, la descendiente de mandarines...

—Deseaba oír tu voz, Mei-Hsi —dijo enfáticamente Chiao Yun.

—Mísera soy para merecer el honor de que te dignes fijarte en mi pobre humanidad, Chiao Yun.

—Del blanco supiste aprender las buenas cualidades, Mei-Hsi, pero es mi ferviente esperanza que seguiste siendo fiel a la tradición que te concedió el privilegio de nacer al amparo que a todos se extiende de la familia Kang.

—Odio al blanco...

—Contaminas tu hálito hablando junto al que resides.

—Pecado es de ambición y también de venganza el que me retiene junto al Capitán Pantera.

—Oírte me complace, Mei-Hsi.

—Me afrentó hace años, y luego tuvo la desdeñosa condescendencia de perdonarme, cuando nunca puede una mujer de mi raza perdonar las afrentas. Me habló de amores... y después desdeña los que yo le ofrezco.

—¿Cuál era tu intención?

—Conseguir que de mi volviera a enamorarse y luego desdeñarle, burlándome de él.

—¿Qué fué lo que te perdonó?

—Le atraje con engaños a la mansión de Kwei. Pero logró escapar y pudiendo matarme me trató como el campesino que por no pisar a una alimaña, la ignora.

—¿Cómo, si le traicionaste volvió a admitirte a su bordo?

—Tiene gran confianza en sí mismo, y dice que nadie traiciona por segunda vez al ser magnánimamente perdonado.

—Poco conoce el alma humana... ¿Qué utilidad le rindes?

—Me necesitaba como intérprete entre él y sus hombres y le di enseñanzas de nuestra lengua. Hoy la habla y quedo reducida a la condición de su secretaria comercial y su cocinera también. Porque dice que al pagarme un sueldo semanal, cuanto más cargos yo ocupe más dinero ganaré a su lado. Me llama su amigo y repite sin cesar que yo para él represento lo mismo que un hombre.

—¿Te tiene aprecio?

—Sí. Es un niño grande y tonto.

—¿Desconfía de ti?

—Los hechos le van abriendo los ojos a la sospecha. Hoy mató a Henry Keppel, a Wu Chien y a los mongoles que mandaste al almacén para apresarle.

—¿Si le condujeras hacia mi castillo del interior, vendría confiadamente?

—No lo creo. Soy ante ti, oh Chiao Yun, una mísera sierva que venera tu infinita sabiduría. Pero cada gemido de dolor que tus torturas arranquen al brutal blanco, será para mis oídos dulce música de venganza. Pido tu autorización para relatarte la vieja fábula del elefante y la serpiente.

—Una mujer como tú, Mei-Hsi, debe estar a mi lado.

—Es la recompensa que iluminará mi vida.

—Conozco la fábula a que te refieres, pero con gran atención quedo pendiente de tus labios.

Mei-Hsi elevó la vista, mientras con monótona entonación iba narrando a su modo la vieja fábula de las montañas.

«Perdió una serpiente verde el rastro de su rendija, y reptando llegó hasta la comarca de los elefantes blancos. El frío tenía aterida a la verde serpiente, cuando un joven elefante, orgulloso de su fortaleza y no atormentado por el frío de los pensamientos, vino a pasar junto a la serpiente que iba muriéndose de frío. El elefante iba a pisarla involuntariamente, y ella silbó amedrentada...»

—«Corres gran peligro, pequeña cosa» —bramó el elefante.

Narraba Mei-Hsi al estilo de los viejos campesinos...

—«De los seres fuertes como tú —dijo la serpiente— no puede alcanzarme daño.»

—«Pero tú eres un lacito que entre la hierba se confunde. Puede alguno de mis compañeros pisarte sin querer, y sería tu paso al silencio para siempre.»

—«Perdí mi camino, gran blancura.»

—«Yo puedo llevarte donde me digas, aunque yo seré quien de ti aparte los peligros. Sube a mi cuello. Tendrás calor y sembrarás una bella cinta que adorne mi blancura.»

«Y la serpiente fué llevada por el elefante hacia su región. Y entonces destiló su veneno matándolo, para poder comer años y años, y porque odiaba a los elefantes blancos que iban invadiendo su territorio.»

Con su voz habitual añadió Mei-Hsi

—Yo puedo envenenar al capitán Pantera, y él vendrá donde tú quieras. Soy tu voluntaria esclava, oh, Chiao Yun, pero falta que para el elefante blanco sea yo una pobre serpiente aterida de frío y miedo en tu poder.

Chiao Yun inclinó varias veces la cabeza...

—¿Sugieres sabiamente que haga saber al capitán Pantera que te he hecho prisionera y pienso torturarte?

—Hazlo, así... y él es tan niño y tan tonto, que confiado en su fortaleza vendrá.

—¿Qué recompensa pides si, como esperas, él cae en mi poder?

—Servirte siempre... y presenciar los tormentos que tu infinita sabiduría sabrá prodigar al elefante blanco...

En el recodo del río, los dos veleros de Wu Chien y Henry Keppel, tenían por nuevos jefes a los lugartenientes chinos que presenciaban la silenciosa maniobra a oscuras en la soledad del campo circundante, los dos veleros en su quietud no tenían más que ciertos movimientos en sus sombrías cubiertas.

Era como si un hormiguero humano, negras sombras en las sombras, fueran sacando del fondo de sus hoyos blancas partículas que iban depositando en el suelo, junto a las bordas.

Pero las hormigas eran el enjambre de asesinos terribles que habían servido a las órdenes de Wu Chien y Henry Keppel; los hoyos eran las calas y las blancas partículas eran las cajas de municiones para ametralladora y los aplanados estuches que contenían la dinamita, con la que, a favor de la noche y atacando por sorpresa, quedaría rubricada la venganza de la hija de Yuan Kang, hundiendo al «Furia» y a sus tripulantes.

Tras las empalizadas naturales que en la ribera formaban los brazos y rastros, una hilera de hombres fué extendiéndose.

Ross Maloney habíase quitado la blanca guerrera, cubriendo su torso con una guerrera azul que le hacía confundirse con la noche y sus sombras.

La previa explicación que dió a los diez hombres provistos cada uno de un cartucho redondo y largo, había sido sencilla y brutalmente gráfica y vulgar.

Antes de abandonar el «Furia», limitóse Maloney a explicar su personal opinión acerca de la peligrosa carga explosiva que contenían los diez cartuchos.

—Os he elegido a vosotros diez, macacos, porque sois los más desprovistos de nervios. Hay dos barcos cargados de dinamita y asesinos. Cinco de vosotros tomarán por punto de lanzamiento el «Haifang», los otros cinco el otro velero. Cuando yo encienda la mecha de mi cucurucho haréis lo mismo. Todas las mechas tienen el mismo largo. Cuando yo agite en el aire el cucurucho haréis lo mismo, y cuando veáis que mi cartucho surca los aires, lanzad también los vuestros, porque si no los lanzáis a tiempo, os recogerán a todos con una pala y una escobilla. Apenas lancemos los explosivos, el de vosotros que llegue corriendo antes que yo lo más lejos posible de los dos veleros, será un gamo convertido en hombre, porque pienso vencer en velocidad a las mismas liebres. Quien no corra, no explicará nunca lo que ocurrirá porque a trocitos irá a estercolar los campos y en sitios muy alejados. Si os llevo a todos es por dos razones: para que sepáis que hay seres que no son humanos y, por tanto, no merecen vivir. Es por eso que los reduciremos a la nada polvorienta. Y la segunda razón es porque si ellos pensasen abandonar sus veleros y venir por tierra nos los podemos encontrar por el camino y también intentarían convertirnos en polvo.

Los dos veleros estaban anclados muy lejos de la ciudad de Hanchow. Sin embargo, la doble explosión horrrisona que levantó cráteres de llamas y

penachos de agua, hizo trepidar las paredes de las casas de Hanchow.

Hacia las nueve de la noche todos los tripulantes del «Furia» estaban ya a bordo.

Ros Maloney entró en la camareta donde los cinco centinelas que habíanse quedado vigilando el velero, mantenían ahora una estrecha custodia rodeando a un alto mongol de desdeñoso semblante.

—¿Qué hacéis aquí y qué hace este tipo? —inquirió Maloney.

—Lo guardamos con celo, oh, capitán Pantera, porque vino buscándote y subió la escalerilla como si el velero le perteneciera. Dice que es mensajero sagrado.

—Tengo en mi boca palabras inglesas —dijo el mongol— que la Gran Chiao Yun me enseñó para que tú oyeras. Traigo mensaje de la Gran Chiao Yun y soy sagrado.

—Si chapurreas el idioma mío, explícame que es un mensajero sagrado.

—En tu idioma lo llaman suicidio —explicó el mongol—. Y me ofrecí a la Gran Chiao Yun para morir a tus manos.

—Eso sí que no lo entiendo. ¿Por qué has de morir a mis manos?

—Porque el mensaje que traigo te encenderá la sangre. Pero hice renuncia de mi vida. Si aceptas que yo sea tu guía viviré hasta dejarte donde debo llevarte. Si no, moriré honrosamente por la familia Maná.

—¡Valiente zopenco eres, amigo! —rezongó Maloney—. Trae acá el mensaje de tu Gran Chiao, y menos «mongolerías»... Dos de vosotros —indicó a sus hombres— quedaos a la vista de este mozo, que ya estoy harto de trampas, y como leer me cuesta bastantes sudores, no quiero que éste, mientras yo descifro las patas de mosca escritas aquí, me envíe a terminar la lectura al otro mundo.

Deletreó con cierta facilidad Maloney la letra clara y cursiva de Chiao Yun, que escribía el inglés, demostrando que había sido una adicta estudiante del idioma de Gran Bretaña.

«Chiao Yun Kang al que fué servidor de Yuan Kang:

»El mongol que te entregará esta carta se ha ofrecido voluntariamente a perecer porque es adicto y fiel a la familia Kang. Pero si lo matases nunca sabrías donde recibirán las torturas, a ti destinadas, dos seres a los cuales guardas afecto.

»Es sabia máxima la que dice que más duele la herida en quien se ama que en uno mismo. Según pude observar en Norteamérica, cuando concedéis a alguien vuestra amistad, equivale al concepto que otros blancos tienen del amor.

»Ignoráis el romanticismo de amar, trocándolo por la total entrega a la amistad. Mei-Hsi, la renegada, y Georges Labru, el

médico francés, están en mi poder.»

La mirada que Maloney deslizó hacia el mongol vigilado por los dos piratas, nada tenía de amable... Siguió leyendo en voz baja:

«Las anatomías humanas ofrecen al entendido en el difícil arte de la tortura, grandes posibilidades. Aguardaré dos días, capitán Pantera. Al tercer día, cortaré un brazo a cada uno de mis dos rehenes.

»Cada día que transcurra iré mutilando miembro a miembro a Georges Labru y Mei-Hsi. Cuando sus cuerpos queden convertidos en troncos humanos, todavía semanas les esperarán de suplicios refinados cuya creación artística escapa a tu pobre imaginación.

»Sin tocar los puntos vitales, un cuerpo humano resiste, si es experto quien lo tortura, semanas y semanas... A veces llega a los dos meses. En mi castillo aprendí este difícil arte, que por suerte no habéis hecho desaparecer del todo en nuestras tradiciones.

»El mongol puede acompañarte hasta donde yo espero. El placer de verte lo premiaré con la libertad de tu amigo Georges Labru y Mei-Hsi.

Chiao Yun Kang
Esmeralda Violeta.»

Ross Maloney quedóse mirando con el rostro encendido de cólera al mongol.... Pegó un puñetazo en la mesa...

—Cartitas cómo ésa se merecerían una propina acorde, pero al fin y al cabo tú no eres más que un instrumento de esa hiena llamada Chiao Yun... Lo siento por Mei-Hsi y por el médico, pero ¡cáscaras!, no soy tan imbécil que no comprenda que si yo fuese allí, Chiao Yun tendría, en vez de dos, tres cuerpos humanos en quienes experimentar su arte culinario regional.

Levantóse y se acercó lentamente al mongol.

—Te voy a sacudir una paliza, mongol del diablo. Y vas a cantar dónde está el castillo ese tan gracioso de tu señora Esmeralda. Irán para allá todos los policías que yo reclute en Hanchow, contigo como guía, amigo. ¿Tan niño o tan imbécil me cree Chiao Yun? ¿Eso es la astucia china? ¡Habla, zopenco!

La diestra de Maloney asió por la rígida vestidura al mongol, que continuó impasible.

—Previno tal cosa la Gran Chiao Yun, blanco —dijo sin alterarse—. Tú solo puedes saber dónde está el castillo. Nadie más. Los policías ingleses lo ignoran. Y yo nunca lo diré. Puedes torturarme, que ni una sola palabra me arrancarás. Tú solo eres quien puede venir conmigo.

Bruscamente lo soltó Maloney.

—Con carneros de esta clase no se puede hacer nada —rezongó furioso, mirando al impasible mongol—. Te voy a llevar a los ingleses y les vas a

contar lo que sepas.

—Nada hablaré...

—Tengo la carta, imbécil. La mostraré a los ingleses.

—Se reirán de ti —dijo el mongol, con sonrisa despreciativa.

Dobló Maloney el codo, dispuesto a asestar un puñetazo al mongol, cuando se quedó inmóvil...

Una aguda sirena lanzaba estridentes chirridos, y el ruido creciente de un motor al oírse, con la cesación del silbido de la reconocible sirena policial británica, el característico rumor de unos frenos.

Del automóvil que acababa de detenerse junto al velero «Furia» descendieron cuatro individuos uniformados. Uno de ellos, alto y canoso, de angulosas facciones, lucía en las solapas de su guerrera la insignia de capitán de los Fusileros Navales.

CAPÍTULO VI

EL OPALO DE LA LOBA

Ross Maloney salió a cubierta. Su mente se debatía en un desconcertante y abrumador dilema.

Dado su carácter eminentemente práctico, pensaba con lógica aplastante que ir solo al encuentro de su enemiga Chiao Yun equivalía a entregarse a la peor de las muertes.

Pero también presentía que si no conseguía salvar de la tortura a Georges Labru y a la frágil Mei-Hsi, siempre en el futuro su existencia estaría amargada por el remordimiento constante y tenaz de haber sido indirectamente el responsable de la atroz muerte de ambos.

Solicitar la ayuda de la policía británica se le apareció de pronto completamente contraproducente. Sería inútil, porque a su llegada al castillo, con despliegue de fuerzas, Chiao Yun burlaría a los ingleses, y nadie podría ya salvar de su atroz destino a los dos prisioneros.

Y para completar su desconcierto, estaba ahora aquella inoportuna llegada de un capitán inglés con tres oficiales.

Los tres oficiales quedaron al pie de la escalerilla, en el muelle. El capitán fué subiendo hasta detenerse frente a Ross Maloney.

—Buenas noches, señor —saludó secamente—. Graves sucesos me obligan a visitarle.

Ross Maloney llevóse la diestra a la visera de su gorra.

—Sean cuales sean los motivos, considérese en su propio barco, señor.

Y señaló su camarote, donde entró el capitán, quien miró sin gran interés al mongol en pie al fondo, junto a la ametralladora, y custodiado por dos flemáticos e indiferentes chinos de torso desnudo y pesado yatagán en la

diestra.

—¿Puedo ofrecerle algo para beber, señor? —preguntó Maloney sentándose.

Terence Partridge sentóse a su vez, denegando con la cabeza. Era el ejemplar adusto del inglés anguloso y encanecido en el servicio de las armas.



He oído hablar de usted, capitán Maloney...

—Deseo saber, capitán Maloney, los motivos de su venida a Hanchow.

—Adquirir mercancías, para traficar con ellas en Shangai.

—¿Qué clase de mercancías?

—Las que puedan comprarse baratas y venderse con beneficio, en los límites legales.

Mordía las palabras más que las pronunciaba. Pero Maloney estaba dispuesto a dominar su habitual léxico vulgar, porque ante las personas de corrección distinguida sentíase deseoso de demostrar que también sabía apreciar la educación y la cortesía.

Terence Partridge examinaba con atención a Ross Maloney.

—He oído hablar de usted, capitán Maloney. Demasiado... Me lo figuraba con otro aspecto.

—¿Sí? ¿Qué aspecto pensaba usted que era el mío?

—Menos joven. Me llamo Terence Partridge, y estoy destacado en Hanchow con una compañía de fusileros navales. He recibido órdenes especiales de mis superiores en Shangai. Del informe privado que se refiere a usted, destaca una cualidad. Le reputan eminentemente sincero. Desearía comprobarlo.

—Inténtelo, señor —sonrió Maloney.

—¿Puede darme una sucinta relación de sus pasos en el día de hoy, desde que su barco atracó hasta el momento presente?

Ross Maloney respiró a fondo. Después volvió a mirar el aspecto adusto del canoso capitán.

—Su pregunta, señor, es algo peliaguda, si se me permite la expresión.

—Desearía hacerle saber una cosa importante para el buen entendimiento mutuo, capitán Maloney. Occidente y Oriente se mezclan en Asia, y de las dos razas cada una adquiere en método defensivo lo peor y lo mejor de la otra. Nosotros, los llamados europeos, adquirimos cierta elasticidad en la aplicación de los reglamentos de la ética social. Si estuviéramos en Europa, usted, capitán Maloney, hace tiempo que estaría preso.

—Donde estuvieres haz lo que vieres, ¿no? —rezongó Maloney—. ¿Y por qué en Europa habría de estar preso? Allí no hay chinos que se complacen en molestarle a uno.

—Tenga presente que somos nosotros los que estamos en tierra ajena.

—Por eso también supongo que emplean ustedes la elasticidad que antes citaba, señor.

—Posiblemente. ¿Quiere ahora replicar a mi pregunta referente a su actuación durante el día de hoy?

—Después de desayunar, un amigo, el médico Georges Labru, oficial sanitario del «Passier», varado en Shangai, se fué a un templo budista. No le he vuelto a ver. Poco después que él se hubo marchado, vino a visitarme un gordinflón llamado Henry Keppel. Se pretendió capitán holandés y me ofreció una ganga. Lo he metido en un saco y lo he enviado como obsequio a unos campesinos del interior.

Terence Partridge limitóse a arquear la ceja izquierda.

—Después vino a esperarme en el muelle un untuoso cantonés llamado Wu Chien —prosiguió explicando Maloney, con breve entonación—. Me ofrecía también una ganga.

—¿Lo metió en un saco? —se dignó preguntar Partridge secamente.

—Lo acompañé con algunos hombres míos al almacén del campo de juncos en la ribera norte, junto a una pagoda, donde al parecer había montañas de marfil esperándome. Entré con aquel trasto —y señaló Maloney el fusil ametrallador colgando del tabique—. Salí con esto.

Desabrochó su camisa, mostrando el hombro, donde dos anchas llagas negruzcas denotaban recientes heridas.

—A cambio dejé veinte cadáveres de mongoles y otro de un cantonés.

¿No me llama, asesino?

—Aguardo, capitán Maloney, la continuación de su interesante relato.

—De nuevo a bordo, me dió un ataque de fiebre, efecto de la cauterización, y también del cordial recibimiento que me tributaron los mongoles con picas, lazos y redes. Se supusieron que yo era una fiera que había que cazar viva... No me dejé cazar. Eso es todo.

—¿Su ataque de fiebre duró hasta ahora, capitán Maloney?

—Cuando desperté me comunicaron que Mei-Hsi, una chinita culta de Shangai que me acompañaba como secretaria y cocinera, se había marchado a dar un paseo. No ha vuelto... ni volverá.

—¿Oyó usted alrededor de las nueve de la noche dos estruendosas explosiones que han conmovido los muros de Hanchow?

—Las oí desde demasiado cerca. Por asuntos particulares, una señorita muy rencorosa destacó dos barcos con la misión de dinamitar el mío con todo su contenido. Me anticipé a ella, y dinamité sus dos barcos con todo su contenido. Eso es todo.

—¿Qué oficio tenía usted antes, capitán Maloney?

—Ganadero en Kansas. Después grumete. Después profesor de boxeo y lucha. Luego me contrató Yuan Kang, pero sus piraterías no me agradaban, y le dejé, quedándome con su velero, el cual destiné a usos comerciales.

—No hace aún ni veinticuatro horas que se encuentra usted en Hanchow y ha matado a doscientos treinta y dos sujetos, capitán Maloney.

—A mucha honra. No he sido más que un verdugo que ha aplicado la ley que ustedes no aplican —y a medida que hablaba se acaloró el joven norteamericano—. Van ustedes con mucho derroche de armas, coches, tanques, barcos, sirenas, armando ruido inútil... y mientras, los poblados son saqueados por la flotilla pirata de la hija de Yuan Kang. Si soy un asesino, no tengo el menor remordimiento. Porque óigame bien, capitán: yo empiezo a estar curado de espantos. Sin embargo, mientras velaban mi fiebre, dos hombres en los que tengo la máxima confianza hablaban entre sí explicando las fechorías cometidas por Wu Chien y Henry Keppel con sus tripulaciones. Me espeluznó y sentí náuseas. ¿Cómo es posible que haya gente que cometa tales crímenes, tan espantosos que parecen increíbles? Pero la hay... o la había, mejor dicho, porque a mucha gala y honra tengo el haber liquidado la flotilla pirata de asesinos al servicio de la familia Kang. Y, en cambio, permítame que me ría de usted y todos sus soldados, que andan de un lado para otro pitando sirenas a todo tren, mientras la familia Kang mata, asola y siembra el terror por todo el Gran Canal. Repito he acabado con los asesinos, fluviales de los Kang, y nada me remuerde la conciencia. Ahora haga usted sonar la sirena de su coche y lléveme a la silla eléctrica, a la horca o adonde le dé la gana. Me tiene sin cuidado.

Y Ross Maloney, agotado por aquel arrebato de elocuencia en quien como él hablaba largo cuando podía emplear términos contundentes, respiró de nuevo a fondo.

Terence Partridge arqueó la ceja, izquierda.

—¿Qué clase de bebida puede usted ofrecerme, capitán. Maloney?

Maloney cruzóse de brazos, desconcertado.

—¡Cáscaras! ¿Ahora quiere beber un trago?

—Quizá su relato ingenuo me ha dado sed. Lo cierto es que no mentía el informe al afirmar que era usted sincero. Le llevaré o no preso, pero por el instante permítame brindar con usted.

Encogióse de hombros el americano y regresó trayendo una jarra con jugo de naranjas, un frasco de «brandy» y dos copas.

Escanció coñac en la copa que tendió al inglés, quien levantándose y con mudo saludo bebió un sorbo, mientras Maloney apagaba su furor bebiéndose media jarra de jugo de naranjas.

Volvieron a sentarse ambos hombres.

—A veces me resulta difícil comprenderles, señor. Aparte de cierto humorismo, son ustedes casi tan enigmáticos como esos macacos chinos.

—¿No dijo usted que donde estuvieres haz lo que vieres? —y Terence Partridge se dignó sonreír—. Hay algo acerca de la mentalidad china que usted desconoce por completo, capitán Maloney. Yo llevo muchos años de servicio en China. Nosotros hemos venido con fines comerciales. Nuestra labor policíaca se reduce a entender en los asuntos entre europeos. Conocíamos la labor criminal de Yuan Kang, pero si hubiésemos intervenido, los propios familiares de los perjudicados nos habrían declarado una guerra sorda y hostil. Y deseamos vivir en paz con los indígenas. Los poblados saqueados por las hordas de Yuan Kang lo consideran muy natural. Maldecían de la familia Yuan Kang, pero a la vez estimaban que la familia Yuan Kang, antiquísima raza de mandarines, tiene todos los derechos. Y nosotros, en cambio, somos blancos, intrusos...

Sorbió de nuevo el inglés, y prosiguió:

—Privadamente, capitán Maloney, no le reprocho nada. Quizás, íntimamente, yo en su lugar habría hecho lo mismo.

—Gracias, señor —dijo Maloney, sinceramente agradecido.

—Ahora bien. Como capitán que tiene que velar por el orden en Hanchow, le conminó a que en el plazo mínimo de cuarenta y ocho horas abandone esta ciudad. Y mutuamente agradezcamos el hecho de que estar en Asia concede a la ley gran elasticidad, porque... no es usted quién para constituirse en verdugo de criminales.

—Hablando de verdugos, capitán, ¿tienen noticia de que se siguen practicando las excelentes torturas antiguas?

—Nosotros jugamos al golf y nos molestaría que un chino viniera a prohibirnoslo, en un campo londinense.

—Torturar una pelota de goma no es ningún crimen...

—Los chinos son voluntarias pelotas de goma para los poderosos descendientes de mandarines a los que respetan como a ídolos.

—¿Y si me torturasen a mí?

—Sería con gran placer que yo en persona detendría al criminal, fuese quien fuese, y tuviera su alcurnia antigüedad de siglos.

—Pero ese gran placer, a mí no me devolvería el pellejo. Hablando en plata, capitán, ¿ha oído usted hablar de Chiao Yun?

—Una deliciosa señorita educada en Londres y en Nueva York.

—Ya. Bien... ¿Ha oído usted hablar de un castillo sobre un lago propiedad de la familia Kang?

—La familia Kang posee numerosos castillos cuyas paredes inaccesibles se miran en las tranquilas aguas de un lago poético. Hemos sido invitados a visitarlos todos. En cualquiera de ellos hay instrumentos de tortura. La propia Chiao Yun tuvo la amabilidad de explicarme que eran vestigios de sus ascendientes. Tampoco en Londres puede prohibírsele a un cazador que conserve las cabezas los leones cobrados en Nigeria, o las armaduras que pertenecieron a los cruzados.

—Ya. Cada vez le voy comprendiendo más, capitán. Comprendo que su cargo es difícil. Usted echa enano de la diplomacia. Yo prefiero la dinamita.

—Ambos métodos complementados son excelentes —sonrió Trence Partridge—. Tan sólo que deben emplearse a tiempo y en el adecuado lugar. ¿Ha oído hablar del teniente Percival Brodwin?

—Sí. Me detuvo unos momentos en Shangai para echarme una bronca muy cortés, estilo británico. Buen muchacho.

—Ha desaparecido misteriosamente. ¿Casualmente sabría usted su paradero?

Ross Maloney crispó los puños, levantándose.

—Oiga, diplomático. A mí con insinuaciones de este calibre, no. Percival Brodwin me llamó lobo y no me ofendí. Cuantos más lobos como yo, más tranquilos quedarán los corderos. Y para mí, Percival Brodwin es un cordero elegante, todo un hombre, un militar para quien son todos mis respetos.

—Acepto su recriminación, capitán Maloney. ¿Puede decirme quién es este mongol que asiste a nuestra conversación acompañado por dos muchachos con traza de pirata?

—Los dos muchachos son ex piratas. Ahora son comerciantes a mis órdenes. El mongol es un amigo de ellos. Viene a proponerme un trueque comercial que estoy meditando si me conviene o no.

—Creo que he abusado lo suficiente de su tiempo, capitán Maloney. Admítame un consejo: aléjese por una temporada de la zona del Gran Canal, y del propio Shangai. Su velero es de fuerte estructura y muy apto para navegar por el mar. Comercie por el litoral.

—Oiga, capitán. ¿Tiene buena memoria?

—Regular.

—Anote, pues, lo que voy a decirle. Si mi velero permanece en el puerto de Hauchow más de cuarenta y ocho horas... Si Georges Labru no vuelve nunca a reaparecer... Si Mei-Hsi no alegra más los ojos de cualquier hombre... ¡detenga a Chiao Yun y que la sienten en una silla eléctrica!

Terence Partridge salió de la camareta sin replicar. Ya en el principio de la escalerilla comentó escuetamente:

—Le recordaré con agrado, capitán Maloney. Buenas noches.

Hizo un rígido saludo, y poco después la sirena policial resonó hasta disminuir su silbido... Reinó un absoluto silencio.

Ross Maloney estuvo unos minutos en su polvorín particular. Cuando regresó a su camareta, asió por el cuello al mongol.

—Vamos a ir tú y yo a tu castillo del demonio, amigo. Tu Chiao Yun es hábil y se saldrá con la suya, pero prefiero pegarme un tiro a tener que dormir dando vueltas pensando en las mutilaciones de Mei-Hsi y el idiota de medico enamorado...

—Si policías ingleses seguirmos, inútiles —murmuró el mongol.

—¡Zopenco! ¿Crees que no he tenido tentaciones de contárselo? Te hubiese sonsacado a puñetazos delante de él... Pero eso no habría conducido a nada. Podría haberle enseñado la carta de Chiao Yun. No lo hice.

El mongol miró hacia la mesa, donde el mensaje aparecía doblado y sin que se viera su escritura.

—Cierto que no lo enseñaste —dijo sonriendo desdeñosamente—. Se hubiera burlado de ti el inglés.

—¿Otra vez lo mismo? Ya antes me lo dijiste, mongol exasperante. Bien clara está la firma de Chiao Yun.

—Estaba, señor. Tenía que entregarte esta carta a una hora determinada, para que tuvieras tiempo de leer. Vuelve a leer...

Maloney acercóse a la mesa, cogió la hoja, la desdobló... y parpadeó ante la hoja totalmente en blanco.

Donde antes aparecía la escritura elegante y fácil de Chiao Yun había ahora un simple papel en blanco.

—Ya. ¿Tintas chinas de esas tan simpáticas, no? ¿Así nadie se enterará, no?

Aproximóse al mongol arrugando en la diestra el papel. El mongol sonreía despreciativo.

—Me imagino que como tú sonríes es una anticipación de la sonrisa con la que Chiao Yun empezará a mutilar a mis dos amigos. Tienes cara de verdugo sin valentía, mongol.

De pronto, la zurda de Maloney apretó la garganta del mongol. Cogido por sorpresa y ante la férrea opresión, éste abrió la boca. En ella introdujo brutalmente Maloney el papel arrugado...

—Traga, mongol. Digiere este papel., y que vaya al destino que se merece. ¡Pronto, amigo! Mastica o Chiao Yun se queda sin mi visita, porque te pisotearé este cráneo pelado de carnicero chino.

El mongol masticó lentamente. Después, en mofa característica, abrió la boca mostrándola vacía.

—Muchacho —rezongó Maloney—. Si no me sirvieras de guía, con placer te invitaría a una buena pelea a puños desnudos... Vámonos a tu

castillo. Pero antes explícame qué medios de locomoción usaremos. ¿A pie? ¿O Chiao Yun envía un coche? Podría enviarme ya una ambulancia...

—Caballos de la estepa, blanco. Pequeños, pero recios y resistentes. En dos horas habremos llegado.

—Vamos —y Maloney se dirigió al tabique descolgando el fusil ametrallador, que se colocó terciado en banderola cruzando el pecho.

—No llevarte armas, blanco —advirtió el mongol.

—Que te crees tú eso, pelado. Yo voy con mi tarjeta de visita o no voy.

Sonrió despreciativo el mongol.

—Bien, blanco. De nada te servirá.

—Allí lo veremos. Voy como cordero... pero antes me llevaré quizá por delante a varios chacales. El primero serás tú, mensajero sagrado. Enséñame el camino.

Los caballos de la estepa galopaban con sacudido un tanto molesto, pero devoraban las leguas de campo con fácil galope.

Las largas piernas de Maloney bamboleaban a ratos, cuando perdía contacto con los pequeños estribos.

Cabalgaban los dos en silencio. No había luna, pero la Vía Láctea desparramaba una claridad plateada. Era una hermosa noche estrellada.

Seguían por estrechos senderos, de vez en cuando poblados por repentinos y feroces ladridos de perros.

Atravesaron después pantanos y arroyuelos a través de bosques y llanuras donde no existía el menor signo de vida humana. Era la región llamada «salvaje» por los naturales del norte.

De pronto, como surgida misteriosamente del horizonte oscuro, destacóse la sombría masa de un castillo. Las estrellas enviaban sus guiños misteriosos hacia el pequeño lago que lo bordeaba.

El mongol encendió una antorcha eléctrica cuya luz brilló con intensidad mientras trazaba en el aire con ella varias aspas.

Siguieron a galope, atravesando un puente tendido sobre el lago por su parte más estrecha. Detuvo en seco su caballo el mongol.

Un crujido lento precedió a los chirridos gruñones con los que la gran puerta de madera e hierro erizada de púas fué descendiendo lentamente hasta convertirse en una prolongación del puente.

—Sigue delante, mongol —ordenó Maloney, modificando la posición de la bandolera del fusil-ametrallador hasta lograr que la culata reposara sobre su muslo derecho.

El mongol condujo su caballo al paso, seguido por el caballo montado por Maloney. Apenas hubieron cruzado ante las dos picas sosteniendo las cabezas humanas, apareció un hombre de estatura elevada, con largo bigote negro de guías caídas.

Vestía uniforme de soldado chino, y llevaba en la mano un gran revólver ruso.

Apuntó hacia Maloney y en correcto inglés dijo:

—Tira tu ametrallador, capitán Pantera.

—Él y yo entramos juntos, bigotazos.

—Soy Alexis Tarkow. Tengo orden de conducirte donde Chiao Yun espera.

—Adelante pues, Alexis Tarkow. Voy tras de ti.

—Apéate del caballo.

—No. Estoy más cómodo así.

El ruso echó a andar. Atravesaron el patio empedrado, hasta llegar a un portalón abierto, por donde tuvo Maloney que inclinarse para no tropezar con su cabeza en el marco.

Echaba a su alrededor continuas miradas en espera de la agresión que suponía próxima, aunque confiando en el odio de Chiao Yun sabía que no habían de derribarle a tiros, sino intentar cogerle en vida.

El ruso, apenas hubo entrado, corrió hacia el fondo.

Detuvo Maloney su caballo, colocándolo de grupa contra la pared y al lado de la puerta, que cerró de un empujón.

Dominó el frenético impulso que le acometió al ver el macabro espectáculo que se le ofrecía a la vista.

En el fondo de la sala, tras una barrera de varios mongoles en hilera, alzábase un estrado.

Sobre el estrado, Percival Brodwin, arrodillado y sujeto por cadenas a la madera, tenía la cabeza rodeada por la «caja china»: un rectángulo de madera que aprisionaba sus muñecas y su cuello, como una bandeja especial que se apoyaba en sus propios hombros.

La lengua sangrienta y tumefacta estaba atravesada por una aguda espina de bambú...

A su lado, en la misma posición, Georges Labru, en vez de ojos, tenía dos cuencas rojas y negras... El puñal chino enrojecido al fuego le había cegado...

Con la mano zurda, Maloney atrajo hacia sí las riendas, obligando al inquieto caballo a mantenerse quieto.

Acababan de sonar lentos y acompasados varios golpes de gongo. Por una puerta cercana al entarimado aparecieron Chiao Yun y Mei-Hsi.

Sentóse Chiao Yun en un sillón colocado junto a los dos suplicados.

Quedóse mirando con fijeza intensa al jinete, que alzó el fusil-ametrallador, manteniéndolo con el cañón hacia lo alto asido por el gatillo.

—Hola, hiena asquerosa —saludó Maloney—. ¿No me querías ver? Contémplame.

Rió agriamente Maloney. Su bronceado rostro ardía a causa de la excitación colérica, y las aletas de su nariz, dilatadas, semejaban aspirar con plenitud los pocos minutos que le quedaban de vida.

Miró con acerados ojos a Mei-Hsi, que sonreía perversamente.

—Magnífico ópalo llevas en el cuello, Mei-Hsi —gritó el americano.

—Premio a su fidelidad a los Kang —dijo Chiao Yun con voz sonora y con cierta excitación—. ¿Qué pretendes, capitán Pantera? Tu caballo y tu fusil de nada han de servirte.

—Mientras esté en esta posición puedo discutir contigo, Chiao Yun.

—Yo sólo deseo verte atado en el suelo, delante de mí —y respiró ella fatigosamente al influjo de su indomable odio hacia el hombre que había tenido la audacia de entrar en el castillo, ofreciendo su vida—. Puedo afirmar que tenía razón Mei-Hsi. Eres valiente porque eres tonto, y sólo un niño se comportaría como tú.

—Hay algo denominado amistad y buenos sentimientos, Chiao Yun. Desgraciado de mí si no los tuviera. No pensé en que esta loba del ópalo me traicionase de nuevo. Pera ahí está Georges Labru, y quiero que le liberes. También deja libre a Percival Brodwin. Y entonces tiraré mi fusil y me aparearé del caballo.

—Si piensas disparar serás torpe, capitán Pantera. Apenas el cañón de tu arma descienda, caerá sobre ti lo que inmovilizará tus gestos.

—Libera al inglés y al médico.

—¡Maldita sea! ¡Maloney! —sollozó George Labru—. ¿Por qué viniste? Esta mujer sin sentimientos te torturará horriblemente.

—Le cegué porque tuvo el atrevimiento de posar su mirada de blanco enamorado en quien es de esencia superior —dijo fanáticamente Chiao Yun, y después señaló al inglés—. Y este hombre tuvo la insolencia de reprenderme a mí, Chiao Yun Kang... Nunca más hablará, porque tras tu muerte, capitán Pantera, él te seguirá. Hasta ahora los ingleses me dejan libre de actuar porque tengo ley de vida y muerte sobre mis siervos chinos. La tortura que he administrado a dos blancos podría acarrearle trabas. ¡Tira tu fusil, capitán Pantera!

—Me entregaré a ti con una condición, Chiao Yun. Libera a estos dos hombres, y cuando yo oiga los disparos que desde lejos haga uno de ellos en señal convenida entre nosotros tres, entonces me entregaré.

—¿No comprendes que estás a mi merced? Imprudente eres...

—¿Liberas a estos hombres?

—No. Contigo serán atormentados. En ellos primero iré ejerciendo las torturas que luego te aplicaré. Para que puedas saber que tu insolencia será castigada en su debida forma. Y no intentes disparar.

—No —y la carcajada de Maloney resonó estentórea, amarga—. Ha vencido tu astucia, Chiao Yun. Eres bella... Una imagen de libro con acuarela... Tu castillo es también irreal... Y existe tú y el castillo.

—¿El miedo te hace divagar?

Llevaba Maloney la guerrera abrochada hasta el cuello. Fué desabrochándola lentamente, depositando antes su fusil-ametrallador atravesado encima de la silla de montar.

—Permíteme fumar un cigarrillo, Chiao Yun. El cigarrillo de despedida...

Un grueso «Gray» quedó colgante de la comisura de sus labios, encendido.

Mei-Hsi inclinóse al oído de Chiao Yun hablando precipitadamente. Chiao Yun miró el torso de Maloney...

En los labios sangrientos de Percival Brodwin se dibujó una sonrisa complacida...

Ross Maloney se palpó el tórax. Encima de la camisa de seda, prietamente sujetos por una mecha que le daba vueltas al pecho, una hilera de cilindros de blanco papel semejabán velas con su mecha...

Volvió a reír fuertemente el americano.

—¿Astucia china, Chiao Yun? —exclamó—. Vete pues pensando una nueva astucia. ¿Conque soy un niño tonto e imprudente, no, hiena? La loba del ópalo te habrá explicado en qué consisten los adornos de que voy atiborrado.

Y palpó de nuevo los cilindros que apretadamente rodeaban su pecho.

—Esto se llama dinamita, Chiao Yun. Yo sé que el médico y el oficial británico preferirán morir en pedazos en un segundo que ir muriendo en trocitos a pedazo por hora. En cuanto a mí, ya entrando por la puerta de tu castillo decidí morir antes que desvelarme pensando en el médico y antes también en esa loba que te acompaña.

Chiao Yun habló precipitadamente en chino al hombre de los bigotes caídos.

—No, querida Chiao Yun —exclamó Maloney, pálido el rostro—. Que no salga tu ruso, porque abreviarás el negocio. Que tus hombres se queden quietos. Si me disparan, hará mucho ruido y el techo de tu castillo irá volando hasta Shangai. Si me cae encima cualquier cosa rara, tendré el tiempo suficiente de aplicar este cigarrillo en mi coraza protectora.

—¿Si doy libertad a estos hombres, tú... —empezó a decir Chiao Yun, mirando inquieta las mechas que moteaban el pecho de Maloney.

—Libéralos... Y luego hablaremos, Chiao Yun. ¿Te creías que yo iba a ser tan imbécil como para servirte de juguete?

Mei-Hsi inclinóse al oído de Chiao Yun. Los ojos verde-violetas destellaron cruelmente, y una sonrisa de alivio distendió su bello rostro.

—Es jactancia, capitán Pantera —dijo suavemente—. No tienen dinamita tus cartuchos, Es un ardid por tu parte.

—A lo mejor ha acertado tu loba consejera —sonrió Maloney, siempre pálido—. Puedes comprobarlo muy fácilmente. Ordena a uno de tus hombres que me dispare encima. El resultado... lo comentaremos tú y yo en el infierno, Chiao Yun.

Chiao Yun cogió de manos del ruso su gran revólver. Apuntó hacia Maloney.

—Tira tu fusil, capitán Pantera.

Ross Maloney quitóse con una mano la correa que sostenía el fusil ametrallador a su cuello, y lo hizo deslizar hasta que rebotó en el cuello.

—Pienso dispararte, capitán Pantera.

—Hiena que ladra no muerde, Esmeralda Violeta —y Maloney exhaló una amplia bocanada de humo, tosiendo a continuación, por la falta de costumbre.

Su cigarrillo, al quitárselo de la boca, reposó peligrosamente cercano a su pecho...

—Dispara, Esmeralda Violeta. No me tengas intranquilo, querida. Si me das en la cabeza, el cigarrillo reposará encima de estos cucuruchos. Si hubieses visto cómo saltaban los barcos de Wu Chien y Henry Keppel, te habría encantado el espectáculo. Hubo pierna que quedó colgando del cuerno de una estrella...

—¡Liberad a estos dos blancos! —gritó Chiao Yun.

Dos mongoles quitaron la «caja» y las cadenas. Percival Brodwin se puso trabajosamente en pie. Se quitó de la lengua hinchada y tumefacta la espina de bambú. Al hacerlo, vaciló por el agudo dolor. Dominándose con esfuerzo a su mareo, apoyó una mano en el hombro del francés ciego...

—Dales tu caballo, capitán Pantera —dijo Chiao Yun—. Ellos dos no me sirven ya. Podrán ir a las autoridades, pero tengo yo escondrijos donde nunca seré hallada. Y el haberte dado muerte me compensará...

—Vamos por partes, Chiao Yun. Si pretendes fingir que das libertad a estos hombres y luego los vuelven a cazar...

—¿No cumples tú lo que prometes? Dales tu caballo a estos dos blancos. Desmontó Maloney sosteniendo por la brida el caballo.

Al aproximarse Brodwin conduciendo al ciego, Georges Labru sollozó:

—¡No quiero! ¿Para qué vivir?...

—Histeria, Labru —dijo secamente Maloney—. Váyase con su amigo el inglés, y no me complique más la existencia...

—¡Te matarán, Maloney! ¡Te matarán!

A una señal de Maloney, el inglés enlazó la cintura del médico colocándolo a horcajadas del caballo. Montó ágilmente tendiendo su diestra a Ross Maloney que la estrechó sin dejar de mirar a su frente.

—¡Paso libre! —gritó Chiao Yun—. Si intentas seguirles, capitán Pantera, dispararé contra ti. Morir en tu compañía será para mí una gran y dichosa muerte.

—Casi parece una declaración de amor —rezongó el americano—. ¡Achuche el penco, Brodwin!

Flemáticamente el inglés llevó el caballo al paso hasta la puerta que abrió. Oyéronse los cascos del caballo repiquetear en el empedrado... Chirrió la puerta de entrada... y volvió a oírse el rumor de los cascos galopando a través del puente...

—¡Mei-Hsi! —ordenó Chiao Yun—. Vete junto a tu antiguo patrón.

La china obedeció, bajando al estrado y atravesando la hilera de

mongoles hasta colocarse a dos pasos al lado de Maloney que, adosado a la pared, no la miró.

—¿Para qué la compañía de esta loba? —preguntó éste.

—Ella te quitará lo que tú llamas «cucuruchos» —explicó Chiao Yun.

—No —dijo lacónicamente Maloney.

Y cuando Mei-Hsi se acercó con las manos tendidas, Ross Maloney, cerrando prietamente los labios, la apartó de un recio manotazo...

Recogió el fusil del suelo, y lo volvió a colgar de su cuello. Quedó atravesado ante su cintura.

Chiao Yun apuntó su revólver hacia Mei-Hsi.

—Quítale la dinamita, Mei-Hsi —dijo suavemente—. O de lo contrario, si no lo logras te mataré. ¿Vas a consentir que muera, Mei-Hsi? —inquirió Chiao Yun.

Ross Maloney permaneció en silencio, pero su tercer empujón derribó al suelo a Mei-Hsi...

—¡Aparta! —gritó Maloney—. Vete con tu hiena...

Al levantarse Mei-Hsi se, arqueó hacia delante... La ráfaga de tres disparos aureoló a Chiao Yun de humo, mientras apretaba el gatillo...

Mei-Hsi revolvióse en el suelo hasta quedar tendida muerta, delante de los pies de Ross Maloney...

—Te traicionó, capitán Pantera —dijo Chiao Yun—. Me hubiese traicionado algún día... Justicia china...

Ross Maloney fué retrocediendo pegado a la pared, andando de lado hacia la puerta...

—¡No te muevas! —exclamó Chiao Yun—. ¡Dispararé contra ti! Ross Maloney siguió deslizándose hacia la puerta.

Sonó un disparo... Una intensa quemazón ardió en el lóbulo de la oreja de Ross Maloney... La sangre empezó a destilar por el atravesado lóbulo...

—Un aviso, capitán Pantera —comentó glacialmente Chiao Yun—. Mis próximos disparos irán a tu pecho...

La puerta estaba a tres pasos de Maloney...

—Si disparas... ¡adiós castillo! —murmuró Maloney, intensamente pálido.

La puerta saltó empujada vigorosamente. Irrumpieron soldados británicos...

Con un grito de salvaje ira y desesperación, Chiao Yun disparó el resto del cargador menos una bala, contra el pecho de Ross Maloney...

Aplicóse el cañón humeante en la sien, y apretó el gatillo dispuesta a no perecer entre los escombros de la gran explosión... Sonreía perversamente porque moría matando a los ingleses y a su enemigo odiado...

Ross Maloney se tambaleó, deslizándose hacia delante llevándose las manos al pecho y cayó de bruces...

No sonó ninguna explosión, aparte la producida por los disparos de Chiao Yun, que ahora dormía su último sueño, sentada en el sillón recamado en

oro...

Los soldados fueron esposando a los mongoles...

El capitán Terence Partridge se inclinó apesadumbrado sobre el yacente americano, descubriéndose...

Trabajosamente se puso en pie Maloney y palpándose el pecho, con los ojos dilatados por el asombro...

Hurgóse con frenesí desgarrando los cartuchos con mecha que fueron mostrando su contenido de prieto algodón... Extrajo, aprisionadas entre los copos de algodón, tres balas...

Las mostró iniciando una sonrisa a Terence Partridge y empezó a reír desaforadamente, con los nervios alterados...

Cuando se calmó miró, asombrado, al inglés.

—¡Cáscaras! Y ¿si llevo a llevar de veras dinamita? Se van ustedes al cielo por el camino más recto...

—¿Dinamita? —preguntó, extrañado, Terence Partridge.

—Vamos a ver, ¡cáscaras! Cae usted como llovido por milagro...

—Su mongol en la camareta me intrigó... Alerté a los puestos de vigilancia del interior, quienes telefónicamente me fueron comunicando el paso de dos caballos de la estepa, uno de los cuales era, montado por un larguirucho marino norteamericano con un fusil ametrallador. Pronunció usted palabras extrañas, capitán Maloney. Me intrigó. Pude seguirle a distancia con cincuenta de mis hombres... Y ¿qué es eso de la dinamita?

—¿No se lo explicó Brodwin?

—El teniente Brodwin no podrá hablar nunca más. Junto con el médico ciego han sido transportados al hospital de Hanchow.

Miró Maloney hacia la figura de Chiao Yun muerta... Aproximóse a Mei-Hsi de cuyo cuello quitó el ópalo tras cerrarle los párpados...

Y Terence Partridge arqueó las dos cejas, su máxima manifestación de asombro, cuando vio al americano contraer el rostro en mueca dolorosa mientras incrustaba en el lóbulo abierto la gema valiosa...

—¿Qué hace, capitán Maloney?

—Cerraré la herida alrededor del ópalo. Y siempre con su amarillo esplendor me recordará mientras me afeito, que Buda sonríe con traidora humildad engañosa... Y que de cada diez mujeres una es buena, pero las otras nueve son diablos peligrosos...

Vea un episodio de **Capitán Pantera** y será un
ferviente lector de todas sus aventuras

¡ESCALOFRIANTE!



★ AUDACIA
SIN LIMITE

★ LUCHAS
SANGRIENTAS

★ ACCION
ARROLLADORA

★ EMOCION

CAPITAN
Pantera

PROXIMO EPISODIO:

LA MUERTE VIAJA EN YATE

No se demore; diga que se lo reserve su librero.

Publicaciones LUX - Palma San Justo 14 - BARCELONA